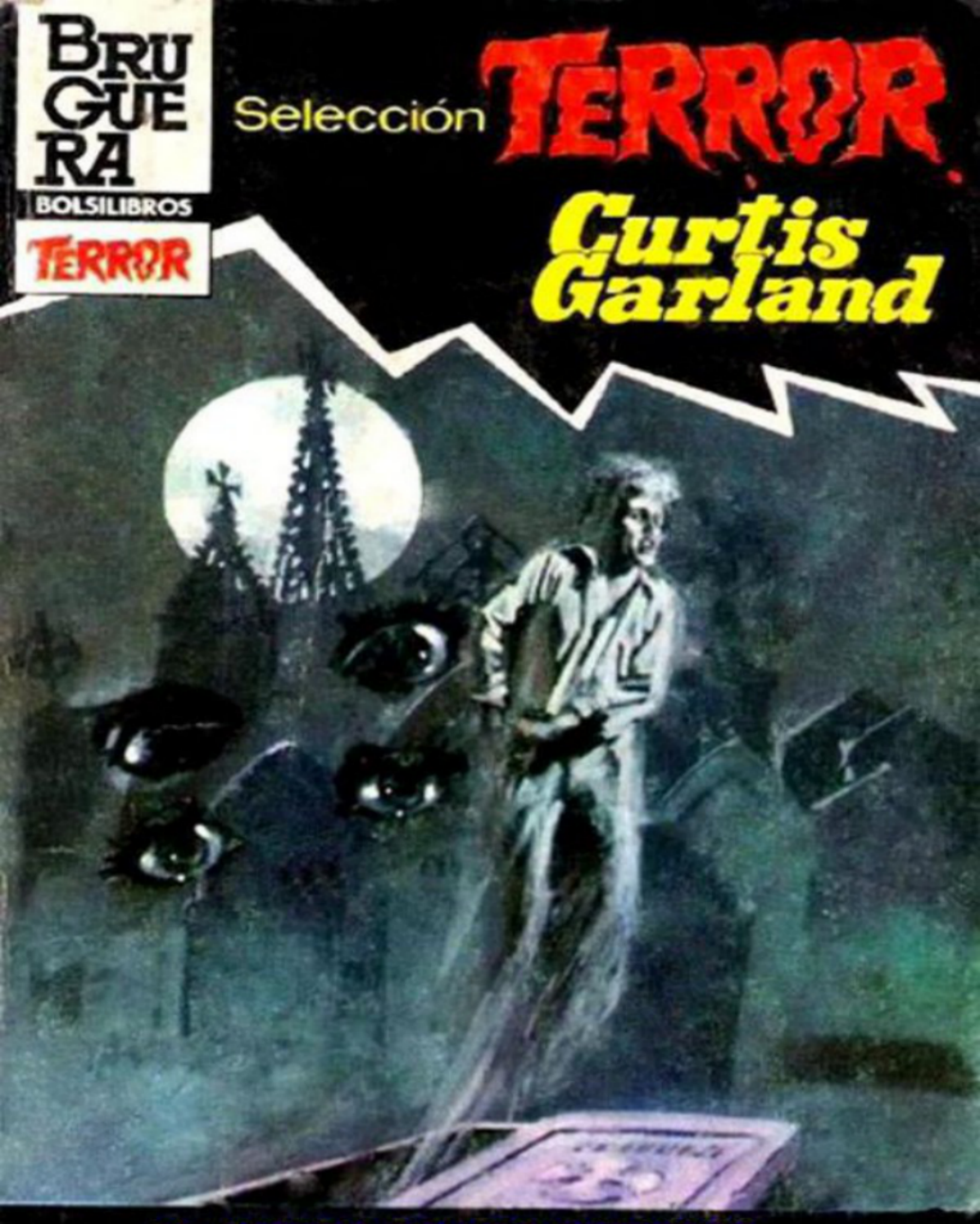

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Curtis Garland
EL VIENTO DE LOS MUERTOS

SELECCION

TERROR

CURTIS GARLAND
EL VIENTO DE LOS MUERTOS

Colección SELECCION TERROR n.° 577
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA S.A.
BARCELONA - BOGOTA,- BUENOS AIRES -CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

572 — *Ofelia.* Ralph Barby.
573 — *Cadáveres sin alma,* Curtis Garland.
574 — *Sangrienta evocación,* Frank Caudett.
575 — *Fauces sangrientas.* Lou Carrigan.
576 — *Horror absoluto.* Clark Carrados.

ISBN 84-02 02506-4
Depósito legal: B. 9 547 1984
Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición en España: abril. 1984
1.ª edición en América: octubre. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21,6501 Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

El constable Warren resopló, empujando la puerta vidriera del local. Una vaharada de aire caliente y confortable azotó su rostro rubicundo bajo el casco del uniforme, con olor a leña quemada, a buen whisky y a cerveza, aunque también a guiso de pescado.

—¡Vaya nochecita del diablo! —resopló, cerrando tras de sí la puerta de vidrios multicolores emplomados—. Menos mal que ya he terminado mi servicio. Al pobre Doyle le toca bailar con la más fea. Va a hacer una madrugada espantosa, estoy seguro de ello...

Y fue hacia la lumbre para calentar en ella sus manos ateridas, mientras la exuberante Elsa le preparaba su bebida favorita; un buen brandy caliente que entonara su estómago y su sangre.

—Hola, Paul —saludó Elsa desde detrás del mostrador, tomando la botella de brandy sin perder tiempo—. ¿Qué esperabas en esta época del año? Aún es buen tiempo, para lo que cabía esperar...

—Buen tiempo... —refunfuñó Paul Warren, con sus manos extendidas hacia las llamas que hacían crepitar los troncos en la chimenea—. Díselo a los pescadores y verás lo que te contestan...

—Esos siempre se están quejando —rió la cantinera—. Como si esto tuviera que ser una playa apacible...

Ya saben lo que es la costa de Northumberland durante el otoño y el invierno. Aquí no se vive disfrutando del clima precisamente.

—Y que Jo digas —resopló el policía sintiéndose más confortado a medida que el calorcillo de la cantina iba calando en sus ateridos huesos, bajo el uniforme empapado de gélida humedad—. Por cierto, ¿han salido esta noche de pesca?

—Claro. Como todas. ¿Es que tiene algo especial la de hoy? —prendió fuego al brandy, y se puso en jarras, contemplando las llamas en el licor con sus orondos pechos proyectados hacia el mostrador como dos piezas artilleras.

—Diablo, ¿lo has olvidado, Elsa? *Hoy...* hoy es la noche del *aniversario.* Hoy se cumplen *otros* diez años...

Elsa habla tomado una cucharilla para remover el brandy en llamas. La dejó caer de repente, y el cubierto tintineó en las baldosas.

—Dios mío... —susurró con voz apagada. Sus azules ojos miraron con temor al constable—. *Esa* noche... No me acordaba ya. Ni creo que muchos de ellos lo hicieron tampoco. Ralph, á. Ese debía acordarse, ahora caigo...

—¿Ralph Yordan? ¿Por qué lo dices?

—Oh, por su gesto, por cosas que dijo... —la cantinera sacudió su pelirroja cabeza, y respiró hondo, con lo que su prominente busto cobró caracteres avasalladores—. Parecía preocupado esta noche. Y yo, tonta de mi ni siquiera recordé que es once de noviembre...

—Once de noviembre, sí. Once de noviembre de mil ochocientos noventa y seis —recitó Warden rutinariamente, moviendo la cabeza mientras sus manos buscaban la pipa en sus ropas—. Justamente veinte años después de... después de *aquella*

Elsa afirmó con gesto ensombrecido. Las llamas difusas y azules del brandy, daban a su mofletudo y saludable rostro de joven campesina un resplandor tenue que animaba el brillo de sus azules pupilas ingenuas.

—¿Qué sucederá hoy, entonces? —susurró con tono medroso.

Warren llenó su pipa de tabaco, encendiéndola con una brasa tomada del fuego del hogar. Luego manifestó con aire escéptico:

—Personalmente, no creo en leyendas, Elsa. Admito que han ocurrido cosas muy raras en esta costa desde entonces, pero muchas veces la propia superstición y el miedo de las gentes provoca sucesos que, de otro modo, nunca tendrían lugar.

—Eso es lo que tú dices. Yo pienso de otro modo —suspiró Elsa, apresurándose a llevar al constable su copa de brandy caliente, apenas se extinguieron las llamas—. Claro que yo aún no había nacido cuando ocurrió todo, y era una mocosa cuando se cumplió el primer decenio, pero... pero lo he oído contar muchas veces aquí mismo, y se me puso la piel de gallina al escucharlo.

—La gente marinera tiene mucha imaginación —rió Warren saboreando su brandy caliente y azucarado—. Siempre van exagerando las cosas a medida que pasan de boca en boca. Estoy seguro de que aquella noche de noviembre de 1876, las cosas que sucedieron en esta costa no fueron tan terribles como se cuentan. Ni tal vez lo de 1886 fue más que una simple casualidad provocada por ese mismo temor supersticioso de que te hablé antes.

—Eres un escéptico, pero me gustaría que tuvieras razón —confesó Elsa, rascándose un pecho con escasa feminidad—. Aún me acuerdo de cuando tío Jonás hablaba ahí mismo, donde ahora estás tú, de lo sucedido por entonces...

—Oh, claro. Jonás Barrington, el viejo lobo de mar —rió Warden de buena gana—. Lo enterraron hace un par de años, ¿no?

—Así es. Pobre hombre... Contaba ya setenta y siete cuando murió. El si lo vivió todo de cerca. Y pare da tan asustado cuando lo recordaba...

—Jonás Barrington... Se creía un oráculo del mar. Tal vez era por su nombre (1). Creo que fue ballenero, ¿no?

(1) Clara alusión al personaje bíblico Jonás, a quien se tragó una ballena. También Herman Melville, en su inmortal «Moby Dick», alude a un simbolismo divino de las ballenas. (N. del A)

—Por supuesto. Lo tenía a orgullo. Decía que el Señor le eligió a él para ser un humilde reflejo del otro Jonás. Y que las ballenas eran como el espíritu mismo del Señor, depositado sobre las aguas para reflejar toda su grandeza.

—He oído eso mismo a muchos balleneros. Pobre Jonás, descanse en paz, pero tenía fama de gran mentiroso y de fantasear demasiado sus aventuras marineras.

—Quizá. Pero todavía recuerdo lo que mencionó poco antes de morir, mientras combatía el frío en ese asiento, y yo le servía una sopa de bacalao, que era su comida preferida.

—¿Y qué mencionó, si puede saberse? —indagó Warden, tomando otro trago de brandy.

—Que este aniversario sería peor que ninguno. Que el mismo Diablo se haría presente esta noche en Newbiggin, a los veinte años de la tragedia, tal y como predijo entonces el contramaestre Darryatt.

—¡Qué barbaridades se dicen! —clamó Warren cómicamente, alzando sus ojos al ciclo, y atusándose las patillas, ya desprovisto de su molesto casco de policía—. ¿Y tú te creíste eso, criatura de Dios?

—Por supuesto. Jonás lo decía tan serio, tan convencido... Parecía ser la misma voz del profeta. Siempre pensé que aquel anciano veía más allá de este mundo, Paul, aunque ello parezca una tontería.

—Y tan tontería —refunfuñó Warren, meneando la cabeza—. ¿Tú crees de veras que el Diablo en persona va a abrir de repente esa puerta, tal vez cuando den las doce campanadas, que es la hora de los aparecidos, y te diga como si tal cosa, «buenas noches, vengo en busca de albergue»?

—Oh, Paul, eres odioso a veces —se quejó Elsa, dando una patada en el suelo.

Precisamente en ese momento, el reloj de pared de la cantina empezó a tañer melodiosamente los cuartos. Ambos miraron a la esfera de cifras romanas. Eran las doce en punto. Elsa que, como buena escocesa de origen, era católica, se persignó de inmediato, musitando algo entre dientes. El reloj desgranó las doce campanadas.

Debía andar por la octava o novena cuando la puerta de vidrios de colores se abrió, penetrando una fría ráfaga de viento húmedo en el local, y una voz sonora, grave y profunda, saludó desde la entrada:

—Buenas noches. ¿Tienen alojamiento por casualidad, para una sola noche?

Sobrecogidos, el policía y la cantinera dirigieron sus ojos hacia la puerta.

* * *

Si aquel era el Diablo en persona, no resultaba de muy mal ver, pensó Paul Warren con filosofía. En cuanto a Elsa, no sólo pensó algo parecido, sino que juzgó el recién llegado era muy guapo y arrogante, y ni siquiera olía a azufre.

Se cubría con un macferlán negro, largo y amplio, sobre ropas aparentemente oscuras también, y se cubría la cabeza con un sombrero de copa alta. De una de sus manos enguantadas, colgaba una maleta de regulares dimensiones por todo equipaje. Dejó la valija en el suelo y se arregló un poco las vueltas de sus hombreras superpuestas, cuyo forro de raso gris perla fue visible un momento. Realmente, Elsa tenía razón en su juicio inicial. Era un hombre alto, de figura esbelta y erguida, joven de facciones regulares, enérgicas de rasgos. Sus ojos oscuros daban impresión de astucia y de un carácter analítico, a pesar de su evidente juventud. Tenía nariz levemente aguileña y labios carnosos, apretados en un gesto serio y decidido.

—¿Cómo? —balbuceó Elsa, saliendo con dificultad de su arrobada contemplación del forastero—. Oh, sí, señor, claro que tengo alojamiento. Pase, pase, por favor, y caliéntese en el fuego mientras le preparo la habitación. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Newbiggin?

—Al menos esta noche y la de mañana, creo —dijo enigmáticamente el recién llegado haciendo que Elsa y el constable Warren cambiaran de inmediato una fugaz mirada de inquietud mutua —. Por favor, quisiera cenar algo antes de acostarme. Vengo muy cansado del viaje, pero también con apetito.

—Por supuesto, le serviré en seguida la cena —afirmó Elsa con entusiasmo—. Tenemos sopa de bacalao, especialidad de esta casa, pescado frito, cordero asado, pudding de carne o de pescado y tarta de manzana, pero si prefiere algo especial...

—Tomaré sopa de bacalao y cordero, gracias —dijo rápido el viajero con un resoplido de alivio, caminando hacia el fuego. Sus botas, negras y charoladas pese a la lluvia exterior, que perlaba su piel mojaba su macferlán y sombrero, hicieron crujir el suelo de madera de la posada.

Se puso a calentar las manos sin despojarse siquiera de los negros guantes. Su figura se recortaba majestuosa contra el fuego, alta y negra, proyectando una sombra larga como un ciprés sobre el muro de la sala. Warren le estudió con ceño fruncido, preguntándose si aquella visita de medianoche, tan poco usual en el lugar, tendría alguna conexión con la fecha del once de noviembre que acababa de iniciarse justamente con el redoble del carillón del reloj mural.

Fuera, el viento ululaba como un ánima en pena que se arrastrase lastimosa por las callejuelas empina das del pueblo marinero. Era un

crudo cierzo de levante, que provocaba fuertes olas en el litoral. Hasta allí, al abrir la puerta el forastero, había llegado el sordo rumor distante del oleaje batiendo los acantilados y la punta del promontorio donde se alzaba hasta hada pocos años el viejo faro, ahora sustituido por d de la cercana población de Blyth.

—¿Puede decirme su nombre vuestra merced, para anotarlo en el libro de entrada de viajeros? —pidió Elsa, antes de tomar la valija para llevarla a la habitación destinada al hombre de ropas oscuras.

—Por supuesto —asintió éste, girando la cabeza. Sus ojos oscuros y su negro cabello brillaron al reflejo rojizo de las llamas que hacían crepitar los leños en el hogar—. Philip Beswick, de Londres.

—Philip Beswick repitió lentamente la mesonera, escribiendo con alguna dificultad en un libro alargado, de grasientas hojas salpicadas por borrones de tinta—. Londres, ¿eh, señor? Debe ser muy bonito vivir en una ciudad tan hermosa, tan grande...

—No siempre —dijo el viajero, pensativo, con su mirada en el fuego —. No siempre...

La muchacha subió presurosa a la planta alta, llevando la maleta. Al regreso, depositó en la mano del forastero la llave, indicándole:

—Su habitación es la primera a la derecha, señor Beswick, la número dos.

—Gracias —dijo brevemente el viajero, guardando la llave. Luego miró en torno , fijándose especialmente en el constable—. ¿No hay nadie más en la fonda?

—Sólo un viajero estable que lleva aquí algún tiempo y no está aquí esta noche, el señor Merryvale. Y una mujer que llegó ayer y se marchará dentro de un par de días, la señora Joyce. Se acostó ya, apenas cenada. Ha de tomar un barco de cabotaje con destino a Noruega, pero no se sabe si saldrá en seguida o esperara a que mejore la mar. Dicen que hay un temporal muy fuerte en el Mar de Noruega, peor aún que el del Mar del Norte, y han naufragado ya varias embarcaciones en ruta.

—Si, entiendo —recorrió con la mirada las mesas y largos bancos vacíos—. No parece trasnochar mucho la gente en este lugar, de todos modos. ¿Ya se han retirado todas a dormir?

—Así es. Con el temporal no saldrán a pescar, pero esta noche precisamente, nadie quiere andar muy tarde por las calles —comentó Elsa, camino de la cocina, sin añadir más explicaciones.

Se quedaron solos el forastero y el constable. Warren se aproximó a Beswick, encendiendo calmosamente su pipa apagada.

—No parece usted, relacionado con la gente marinera, señor —comentó el policía.

—Pues lo estoy —replicó vivamente el forastero, di rigiéndole una mirada escudriñadora—. Pero no en la navegación directamente, sino

en otro aspecto. ¿Sabe a qué se refería la joven mesonera cuando habló del temor de la gente a andar esta noche fuera de sus casas?

—Claro que lo sé. ¿Usted no? —miró curioso a Beswick, mientras prendía el fuego en la vieja cazoleta de madera ennegrecida.

—Si se refiere al *Mary Queen* y al capitán Hardwood, si —dijo con sencillez el forastero.

Warren se quedó de una pieza. Apagó el fósforo, hizo una larga chupada, exhaló el humo por su nariz, y manifestó por fin, contemplando al viajero con curiosidad y recelo:

—De modo que lo sabe... Ignoraba que en Londres les preocupasen los asuntos de un pueblecillo como Newbiggin.

—Pues preocupan, según a quiénes —una vaga sonrisa flotó insinuada por los labios del forastero, que añadió con aire distraído—: Hoy se cumple el vigésimo aniversario del naufragio del *Mary Queen* en estas aguas, ¿no es cierto?

—En efecto, señor. Acabamos de entrar en ese día a las doce en punto... justo cuando usted entró por esa puerta. Por cierto, ¿qué medio de transporte utilizó hasta aquí? No sé que haya diligencia a esas horas, y como el tren no llega hasta aquí...

—Bajé del tren en Blyth y tomé un carruaje de punto hasta Newbiggin on-the-Sea, ¿no es éste el nombre completo del pueblo?

—En efecto —Warren silbó entre dientes—. Ha debido costarle mucho dinero ese trayecto en coche de alquiler...

—Bastante, si. Pero quería llegar esta misma noche a la población. El cochero puso sus objeciones, precisamente a cansa del capitán Hardwood y el *Mary Queen.* Parece que mucha gente en este litoral de Northumberland tiene miedo a esa leyenda...

—Sí, así es —eludió Warren una respuesta concreta, con aire algo molesto—. Ustedes, los forasteros, no pueden entender fácilmente ciertas cosas.

—Yo sí las comprendo, aunque no lo crea —suspiró el forastero—. Sé lo que temen. Esperan que esta noche vuelva el capitán Hardwood con su gente, desde el fondo del mar, y otra persona muera en Newbiggin en venganza de algo sucedido hace veinte años, ¿no es así?

Los ojos del constable le miraron pensativos. Afirmó despacio.

—Usted parece saber bastante del asunto, señor —manifestó, seco.

—Lo que sabe todo el mundo —Beswick se encogió de hombros—. ¿Por qué creen que Hardy Houston fue muerto por el capitán fantasma hace diez años? Pudo ser un vulgar crimen, cometido al amparo de una leyenda, por una persona de carne y hueso.

—No diga tonterías. Nadie creería eso aquí. Sé que soy policía y no debo dar crédito a fantasías, pero por fortuna yo entonces distaba

mucho de ser agente de la autoridad y de estar destinado en esta población. Sin embargo, todos afirman que vieron al capitán Hardwood por las calles de Newbiggin, seguido por un cortejo de espectros descamados, con las ropas chorreando agua y algas, la carne putrefacta cubierta de musgos marinos... Y que «Luzbel», el perro del capitán, exhibía en sus colmillos la sangre del difunto Hardy Houston, cuyo cadáver fue hallado en el promontorio, justo frente al punto donde se hundiera diez años antes el *Mary Queen.*

—Una leyenda espeluznante, lo admito. Y capaz de atemorizar a la gente sencilla y supersticiosa de la mar, pero difícil de aceptar por la fría lógica... o por un procedimiento judicial medianamente sensato. ¿Cuál fue el veredicto oficial sobre la muerte de Hardy Houston?

—El habitual en estos casos, señor: «Muerte por persona o personas desconocidas » El *coroner* no quiso complicarse la vida demasiado, como ve. Como usted dijo, es difícil que un atestado judicial admita la existencia de espectros vivientes.

—¿Usted, como policía, la admite? —preguntó curioso el forastero mirándole fijamente a los ojos.

Paul Warren vaciló, sin saber qué contestar. En ese preciso momento, algo espantoso se escuchó en las calles. Primero fue un ladrido áspero, seco, seguido de un aullido de animal, mezclado con el viento, producía una nota de auténtico escalofrío.

Inmediatamente después, fue una voz humana la que gritó.

Y en aquel alarido, estaban contenidas aparentemente todas las angustias y desesperaciones del mundo, todos los terrores y agonías imaginables.

Era una voz desesperada que pregonaba la muerte. Pero también el horror.

CAPITULO II

En la cocina, sonó el estrépito de algo que se rompía en mil pedazos contra el suelo, unido al ronco grito de temor de Elsa. El constable Warren echó mano de su revólver y corrió a la puerta, dominando su inquietud, mientras el forastero, vivamente interesado, se lanzaba tras de él sin vacilar. Sorprendentemente, la mano enguantada de Philip Beswick empuñaba también un pequeño y negro Derringer de dos cañones, presto a ser disparado.

—Me temo que se ha quedado sin uno de los platos del menú, señor —comentó Warren mientras abría precipitadamente la puerta de la fonda—. Veamos qué diablos ocurre ahí afuera...

Una ráfaga poderosa de viento les azotó el rostro y pegó sus ropas al cuerpo. Flotó, como un par de alas enormes y negros, el macferlán desabrochado de Beswick, que se despreocupó de ello, saliendo en pos del policía a la empedrada callejuela que descendía en acentuada pendiente hacia la costa. Las farolas de gas del alumbrado público, eran escasas y espaciadas. Pese al fuerte cierzo marino y a la lluvia, constante y menuda, una espesa bruma estaba comenzando a espesarse allá en la distancia, sobre la playa y los embarcaderos de pesca, borrando los negros perfiles del tempestuoso mar.

—Juraría que el grito y el aullido vinieron de aquella parte —señaló Beswick hacia la parte de abajo de la calle, con mano firme.

Warren asintió, ceñudo, descubriendo el arma en manos del forastero. Sin pronunciar palabra, caminó con larga zancada en esa dirección, sin poder evitar cierto recelo al llegar tras de sí al desconocido de ropas negras con su arma entre los dedos. Recordó vagamente las palabras de Elsa, pronunciadas poco antes de la aparición súbita de aquel hombre: «...el mismo Diablo se hará presente esta noche en Newbiggin, a los veinte años de la tragedia, tal y como predijo entonces el contramaestre Darryatt.»

Pero desechó de su mente, por absurda, la idea de que aquel inquietante caballero pudiera tener relación alguna con el Infierno y sus moradores, por muy cierta que fuese la leyenda del *Mary Queen* y su siniestro final en aguas del Mar del Norte...

En alguna parte del pueblo, en la dirección indicada por el forastero, volvió a escucharse un hosco ladrido de perro, fuerte y áspero, seguido de un prolongado, lastimero aullido, capaz de erizar los cabellos a cual quiera.

—Ese maldito perro... —jadeó Warren, parándose un momento—. ¿Dónde se habrá metido?

—¿Sospecha que sea «Luzbel», el perro del capitán Hardwood? —sugirió con leve ironía la voz de Beswick, a través de la llovizna, el

viento ululante y la bruma que iba adueñándose por momentos de Newbiggin como un sudario gris y pegajoso.

—Maldición, ¿y yo qué sé? —refunfuñó Warren—. Lo probable es que sea un perro cualquiera, pero ¿y el grito que oímos? Sonaba como una expresión de agonía, de dolor y de pánico...

—Eso es cierto. Cualquier perro puede ladrar y aullar en una noche así, pero no es tan normal que alguien grite así, a menos que tenga motivos para ello, constable.

El policía afirmó, siguiendo la búsqueda calle abajo. El empedrado estaba lustroso y negro por la lluvia, y sobre él resonaban huecamente las pisadas de ambos hombres, en su peregrinar buscando a un animal y a un hombre cuyas voces rompieran el silencio relativo de la borrascosa noche.

—¡Allí! —gritó de pronto Beswick, con tono crispado.

El constable siguió la dirección de su brazo armado, extendido hacia un punto en la niebla costera. Un grito ronco brotó, estupefacto, de la boca convulsa de Warren.

Pudo ver, como sin duda lo veía su compañero, la sombra corpulenta de un perro mastín, negro como la misma noche.... pero cuyos ojos relucían como carbones encendidos en la noche. Sus fauces también tenían una matización fosforescente, de un espectral tono carmesí. parecido a sangre luminosa. Sangre que, como gotas encendidas, goteaba al suelo, disolviéndose allí en la lluvia.

El pavoroso animal parecía desafiarles ahora, contemplándoles erguido sobre sus patas recias, la cabeza erguida, los ojos malignos fijos en ellos, brillando con roja virulencia luminosa en la oscuridad. Un gruñido ronco y largo brotó de su boca, antes de soltar uno de sus secos, agrios ladridos.

—Dios mío, es él, el perro fantasma... —gimió
Warren, que alzó su revólver y comenzó a disparar sin más rodeos.

Pero su puntería distaba mucho de ser buena, y menos ahora, con el temblor que ostentaba su pulso alterado. No era igual hacer fuego contra un merodeador vulgar que contra un perro de aspecto demoníaco, cuyos ojos y boca relucían como si fuesen de fuego.

Philip Beswick, mucho más sereno, alzó su brazo y tomó puntería, apretando uno de los dos gatillos de su Derringer sin la menor vacilación.

La pequeña pistola detonó sordamente en la noche. Su bala debió alcanzar el blanco elegido, porque el perro aulló bruscamente, se agitó, mirando colérico a los dos hombres... y echó a correr, hundiéndose en la niebla y desapareciendo ante sus ojos, al final de la empinada callejuela.

—¡Le ha dado, por todos los diablos! —clamó Warren—. ¡Le ha dado!

—Eso parece. No sabía que los fantasmas fuesen vulnerables a los disparos de un arma de fuego —comentó secamente Beswick, caminando decidido hacia el punto donde vieran al perro demoniaco plantándoles cara.

Cuando el constable se reunió con él Beswick alzaba su mano enguantada, en cuyos dedos brilló algo rojo espeso, a la luz de una cercana farola de débil claridad.

—Sangre —dijo, señalando el empedrado—. Ese perro será todo lo infernal que se quiera, pero sangra como cualquier otro, constable. Eso no tiene mucho de fantasmal. Aunque dicen que también los vampiros sangran en abundancia cuando les clavan la estaca en el pecho...

—Eso no tiene gracia, amigo —protestó Warren, estremeciéndose y estudiando las manchas difusas de sangre en el empedrado. Miró a la niebla, que era como un amasijo gris sucio, pegándose a las viejas casas pescadoras y a la cercana playa y embarcaderos, hasta difuminarlos por completo en la nada—. No sé si podremos seguir el rastro del animal con esta bruma...

—Al menos, lo intentaremos —sugirió Beswick, encendiendo un fósforo, que pronto apagó el viento—. Podríamos traer lámparas de la posada...

—Es una buena idea. También puede usted pedirle una escopeta a liba, la mesonera. Esa pistola suya, aunque ha sido efectiva, es como un juguete.

—Un juguete que puede hacer mucho daño a corta distancia, no lo olvide —sonrió el hombre de Londres suavemente.

Volvieron a la fonda para recoger un par de lámparas debidamente protegidas contra el viento por los cristales correspondientes, y con ellas en mano regresaron al punto donde aparecía la mancha sangrienta del diabólico perro.

—Ahora, veamos hacia dónde pudo ir el mastín, sea terreno o sobrenatural —comentó con cierto sarcasmo el joven llegado de la capital, iniciando el rastreo con su lámpara iluminando débilmente la oscura noche brumosa. Dentro de su recinto de vidrios ahumados, la llama oscilaba ligeramente a cada impulso del viento racheado, con fuerte olor a salitre y yodo marinos.

Pronto descubrió un delgado reguero de manchas oscuras, en zigzag hacia la playa. Lo siguió, cauteloso, escudriñando de vez en cuando a su alrededor, sin que su diestra dejara de apretar el Derringer, nuevamente amartillado en sus dos gatillos, tras reponer la bala tan certeramente gastada poco antes.

—¿Cree que era un mastín, señor? —indagó el policía, que le seguía revólver en ristre, con su propia lámpara alumbrando el incierto camino.

—Estoy seguro. Por su forma y cabeza, diría que lo era. Un mastín sabueso de gran tamaño, peculiar por su fiereza y potencia muscular, constable. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada —resopló el policía—. Es que... «Luzbel», el perro del capitán Duncan Hardwood, era un mastín negro de gran tamaño...

—Lo sé —afirmó gravemente Beswick—. «Luzbel»... Extraño nombre para un perro, ¿no?

—También el capitán Hardwood era harto extraña Decían de él sus compañeros marineros que era como un discípulo de diablo, capaz de subir a la cubierta en noches de violento temporal, y volver luego a su camarote como si tal cosa. Hay quien dice que hablaba personalmente con el Diablo en noches así, para salvar de escollos peligrosos a su barco. Incluso su mujer le odiaba y le temía. Pero era un gran marino.

—A pesar de serlo, y a pesar de la ayuda diabólica que dicen tenia, el *Mary Queen* se hundió —le recordó irónicamente Beswick.

—Así es. Nunca se supo por qué. Dicen que aquel barco estaba maldito desde que fuera botado en Aberdeen y murió un trabajador del astillero, arrollado en la botadura por accidente.

—¿Era un barco escocés?

—Sí. Escocesa era su matrícula, y escocés su nombre. En vez de anteponerle el título de Reina al nombre, como es correcto en nuestra lengua, le pusieron *Mary Queen*, como hubiera firmado la propia Reina de Escocia, María Estuardo, de haber sobrevivido a las intrigas de su enemiga y asesina, la Reina Isabel de Inglaterra.

—Sospecho que usted es escocés, constable —rió burlón el joven londinense.

—Sí, lo soy. ¿Le molesta acaso?

—Oh, no, en absoluto —rió Beswick—. Mi madre lo era. No tengo nada, por tanto, contra los escoceses, de cuya sangre llevo una gran parte en mis venas. Sólo era una observación.

—Entiendo. El contramaestre Darryatt dijo con motivo de eso mismo que usted mencionó antes, que el capitán Hardwood, pese a ser un buen aliado de Satanás, no pudo prever un acto criminal, como fue el hundimiento del *Mary Queen* en aquella noche tormentosa.

—¿Criminal? No he leído en ninguna parte afirmación semejante. Se limitan a decir que el barco se hundió por exceso de carga y error en la ruta, en una noche demasiado peligrosa para navegar, quizá con una gran vía de agua en su bodega...

—Esa fue la versión oficial de la compañía naviera y de las autoridades. Pero la gente de Newbiggin piensa de otro modo, señor.

—Ya. Y por eso los fantasmas del buque sumergido regresan a la vida cada diez años para vengarse de quienes causaron su tragedia... —musitó el forastero, parándose de repente en seco, con gesto precavido, y el arma por delante, fija su mirada en la espesa niebla

—¿Qué ocurre? —jadeó, tenso, el constable Warren, preparando también su revólver.

—Mire ahí —susurró Beswick—. Hay alguien. Tal vez nos acecha.

Asintió el policía. Sus ojos contemplaban preocupados la sombra humana que se vislumbraba ante ellos, agazapada al. parecer en una barca de pesca varada en la arena de la playa, junto a la desembocadura de la empinada callejuela. En aquel punto, nuevas gotas de sangre marcaban el rastro del camino seguido por d herido animal en su fuga.

La barca era pequeña, de color blanco con una franja azul oscura. Su quilla sobresalía de la niebla como si ésta fuese un impalpable océano gris oscuro, denso y amenazador. Tras esa quilla, era visible, sobre la proa afilada, la sombra humana inclinada, cuyo rostro y ojos sin duda se hallaban dirigidos hacia ellos dos.

—¡Quieto quienquiera que sea, en nombre de la Ley, o disparo! —amenazó con voz firme el policía, alzando su revólver.

Nadie respondió a sus palabras. La sombra ni se movió. Muy cerca, el mar rugía, lamiendo la arena con fuerte oleaje, y el viento allí era intensísimo, levantando en vuelo intermitente los faldones de la prenda que luda el hombre agazapado en la barca. Ese fue todo el movimiento visible en la figura.

—Será mejor que baje de ahí ahora mismo, sin intentar nada —

avisó Warren, inseguro—. Y recuerde que hay dos armas encañonándole en estos momentos.

Igual silencio e inmovilidad por parte del ocupante de la embarcación. Beswick tomó una decisión repentina.

—Cúbrame usted, constable —pidió, dando un paso adelante—. Y o sacaré a ese hombre de ahí.

—Tenga cuidado. Podría llevarse una sorpresa desagradable, señor.

Beswick no dijo nada. Llegó hasta la barca sin que ocurriese cosa alguna. La escaló por una borda, y se inclinó sobre el hombre allí apostado. Un momento más tarde, su voz sonaba enérgica, mientras agitaba un brazo:

—Venga, constable, y vea esto. No tema nada. El tipo está muerto.

Soltando una imprecación, el policía se reunió con Beswick, que le ayudó a subir a la barca. Comprobó que el otro tenía razón. El cuerpo que se apoyaba contra la proa, era ya cadáver. Estaba helado, el cabello mojado, lo mismo que el rostro y las crispadas manos. Acercó uno de los fanales al mismo, para verlo mejor. Juró entre dientes.

—¿Le conoce? —quiso saber Beswick.

—Infiernos, claro que le conozco. No entiendo qué podía hacer aquí a estas horas. No era precisamente un pescador ni un hombre de la mar...

—¿Quién es?

—Stephen Nye, un comerciante local. Mire, mire su garganta...

Beswick se inclinó, acercando su farol al cuello del hombre sin vida. Asintió, con un gesto de repulsión en su rostro. Los ojos del forastero brillaban como dos cuentas de azabache, heridas por las llamas de los dos débiles fanales bailoteando en la niebla húmeda, pegajosa y fría en su contacto con la piel humana.

—Ya veo —dijo roncamente—. Le han destrozado de oreja a oreja. Es como si un perro le hubiera reventado la garganta a dentelladas, constable...

CAPITULO III

El doctor Neil Hoffman asintió, retirándose del cuerpo envuelto en la manta, tras un examen breve pero minucioso del mismo.

—Acertaron ustedes —dijo con énfasis, cerrando su negro maletín con aire profesional—. Destrozado a dentelladas. Si no fue un perro, sería un lobo o un tigre.

—Aquí no hay lobos ni tigres, doctor —gruñó de mal humor el constable Warren.

—Ya lo sé. Por tanto, hay noventa y nueve probabilidades entre cien de que fuese un perro, sea un mastín, un dogo, un Doberman o algo así, de fuertes mandíbulas y terribles colmillos. Pero eso tal vez ni la autopsia lo demuestre plenamente. Piense que siempre puede haber alguien que tenga consigo un animal amaestrado de cualquier clase, lo bastante feroz como para causar ese destrozo.

—No en Newbiggin, imagino. Ni siquiera tenemos un circo en las proximidades para sospechar la fuga de una bestia salvaje, doctor. Sospecho que se trata de un perro.

—Eso lo veremos luego, junto con el *coroner* y el informe oficial —se escabulló diestramente el médico, encogiéndose de hombros.

—Doctor, ¿cuántos años lleva usted ejerciendo aquí? —preguntó de repente Beswick.

El médico le dirigió una mirada de soslayo, enarcó las cejas y respondió:

—Catorce años, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Entonces, debió ocuparse también de otra persona muerta a dentelladas en el cuello, hace ya diez años, doctor. Me refiero a Hardy Houston —dijo suavemente el joven.

—Hardy Houston. Cierto... —frunció el ceño, sin quitar sus ojos de Beswick—. ¿Por qué lo sabe usted? Es forastero aquí, ¿no?

—No necesito vivir en un lugar para conocer ciertos hechos, doctor. ¿Cree que su muerte pudo ser producida del mismo modo que lo fue hoy la de ese hombre, Stephen Nye?

—Hace ya muchos años de aquello, pero... sí, yo diría que el caso guarda cierto paralelismo —aceptó secamente el doctor Hoffman— Sin embargo, ya le dije que sólo el *coroner* puede llegar a conclusiones, no yo.

—Gracias de todos modos, doctor —habló ahora con aparente mansedumbre el joven londinense.

El médico abandonó la fonda, adonde condujeran anteriormente los dos hombres el cuerpo del hombre muerto, para un posterior traslado al depósito local, y el constable volvió a encender su pipa, calentándose en el hogar. Sobre una mesa, se enfriaba la cena del viajero. Elsa, la mesonera, la recogió ahora, excusándose: Le calentaré su comida, señor Beswick. ¿Va a cenar ya?

—Si, gracias. Todavía no he perdido el apetito, pese a todo —sonrió, distraído, como si no advirtiera la mirada de embeleso que la moza le dirigía camino de la cocina, llevándose los platos en una bandeja.

El constable aparecía sombrío, mirando frecuentemente el bulto situado en la estancia vecina tras una mampara de vidrios policromados y un banco alarga do, a la espera de su traslado a la morgue. Comentó, sin mirar a su acompañante:

—¿Por qué va usted armado, señor Beswick?

—Es sencillo: viajando de noche conviene ir prevenido. Tengo un permiso para llevar armas, si se refiere a eso. Puedo ir a mi habitación y traérselo...

—No, no me refería a eso —rechazó Warren con energía—. Sólo que me intrigó. Ha ido bien que usara su arma. Pero ese perro... ¿adónde iría a parar?

—Lo sé igual que usted. Debió perderse en la pía ya... o en el mar. ¿No piensa eso realmente, constable?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? Era como un fantasma, un animal demoníaco...

—¿Lo dice por el brillo de sus ojos y boca? —Beswick se encogió de hombros—. Un poco de fósforo de color haría milagros en la oscuridad, embadurnando con él los ojos y la boca de un animal. Puede ser un simple truco para provocar la superstición y darle a un crimen una apariencia sobrenatural.

—Sabe usted muchas cosas curiosas, señor Beswick —comentó el policía, mirándole de nuevo con recelo—. Por cierto, ¿podría decirme el motivo de su actual estancia en Newbiggin?

—¿Qué ocurre ahora? —sonrió el viajero—. ¿Acaso soy sospechoso de algo, constable?

—No exactamente. Pero apenas llegó usted al pueblo, han comenzado a suceder cosas. Y ni siquiera sé a qué se dedica, la razón de llevar un arma de fuego consigo, lo que le ha traído a un lugar como éste a un hombre de Londres con su aspecto, nada relacionado por cierto con el mundo marinero y pescador, que es toda la vida de esta gente... Parece saberlo todo sobre el *Mary Queen* y su naufragio, e incluso sobre lo ocurriddo aquí hace diez años a Hardy Houston. Admita con migo que eso no resulta normal y es lógico que despierte mis suspicacias, señor.

—Tiene toda la razón —suspiró Beswick suavemente, afirmando con la cabeza. Caminó por la estancia, se detuvo junto a una reproducción de un óleo marino, representando una escena de pesca en un día nublado, y añadió con lentitud—: He venido aquí precisamente por todos esos sucesos. Trabajo para un editor de Londres y soy escritor de profesión.

—¿Escritor? —la pregunta de Warren mostraba clara perplejidad.

—As es. Trabajo en algo relacionado con este lugar: la historia del *Mary Queen* precisamente.

—¿Qué relación puede tener un editor con el misterio del *Mary Queen*?

—Mucha, cuando ese editor está preparando el lanzamiento de una obra titulada «Enciclopedia del Mar», ¿comprende? —la sonrisa de Beswick al decir esto era benigna, como saturada de comprensión hacia los recelos de su interlocutor.

—Entiendo. Y a usted le han encargado del asunto del capitán Hardwood...

Eso es. También se hablara en ese libro del *Mary Celeste* (1) y otros parecidos, sin olvidar la leyenda misma del mítico *Holandés Errante* o Buque Fantasma, que es origen de todas las historias semejantes entre la gente de mar. Mi apartado en esa Enciclopedia, constable, se refiere precisamente a los hechos misteriosos de la historia de los navios.

(1) El *Mary Celeste* fue un bergantín goleta norteamericano, miseriosamente hallado vacío en el Triángulo de las Bermudas en 1872 (N del A)

—Le ruego me perdone —dijo Warren, algo cohibido—. No podía ni imaginarlo.

—Por supuesto, no tiene importancia alguna. En cuanto a mi arma, ya se lo dije: no me gusta viajar de noche sin ir desarmado, y mi trabajo me lleva a veces a sitios algo peligrosos, como habrá podido comprobar hoy mismo.

Reapareció Elsa, con la cena caliente, poniéndola de nuevo en la mesa. El reloj marcaba ya la una y veinte minutos de la madrugada. Beswick bostezó, dirigiéndose a su tardío refrigerio con aire resignado.

—Esperemos que esta vez, al menos, pueda consumir mi comida sin problemas —comentó entre dientes.

Se sentó ante la caliente sopa de bacalao. Y sus palabras fueron como una premonición.

Porque apenas aposentado en la mesa, frente al fuego, la puerta de la fonda se abrió, casi violentamente, penetrando por su abertura una ráfaga de lluvia y un gélido soplo de viento Elsa lanzó un gritito sin poderse contener.

En el umbral, aparecía un hombre fornido, con gabán de mezclilla de lana marrón, sombrero de igual tejido, y grandes patillas rojizas enmarcando un rostro cuadrado y saludable, donde brillaban unos estrechos ojos azules sobre una gruesa y roja nariz.

Aquel hombre venia chorreando sangre, estaba lívido, pese a que su color habitual debía de ser más bien subido de tono, y sus azules pupilas reflejaban un vivo terror al fijarse en cada uno de los ocupantes de la sala con gesto extraviado.

—¡Señor Merryvale! —gimió Elsa, despavorida, llevándose las manos al rostro—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Los... fantasmas... del mar... —jadeó el recién aparecido, tambaleándose al dar un par de pasos adelante pesadamente—. Están... ahí... fuera...

Y se desplomó pesadamente, golpeando su corpachón el suelo de madera con sordo estrépito.

* * *

El reloj de pared desgranó con musical lentitud hasta tres campanadas. Beswick dominó un bostezo, paseando arriba y abajo de la sala. Se detuvo al oír pisa das en la escalera. El doctor Hoffman, llamado por segunda vez, en la misma noche, bajaba cachazudamente de la planta alta, con su inseparable maletín negro. Traía un gesto entre cansado c irritado. Consultó su pesado reloj de

bolsillo, comparando la hora con el del muro, meneó la cabeza y miró a Beswick de soslayo, camino de la salida.

—Yo que usted me iría a dormir, señor —comentó secamente—. No ocurre nada. Tal vez el señor Merryvale bebió algo de más. Lo cierto es que su aliento apesta a ginebra. Sufre una herida en la nuca y otra en la frente, bajo los cabellos. Yo diría que simplemente se cayó en alguna parte, pero él insiste en que vio a unos marineros desharrapados y fantasmales por la calle, deambulando sin nimbo, cuyos rostros y manos aparecían descamados y purulentos, como cadáveres recién salidos de la tumba. Algas y líquenes colgaban de sus ropas astrosas, y tenían el cabello y las uñas muy largos. Asegura que al huir de ellos, una mano helada y húmeda le aferró por el cuello, derribándole, y ya no sabe más. Ciertamente, ofrece unas señales violáceas en su garganta, pero eso no significa nada.

Beswick asintió despacio, sin pronunciar palabra. El médico, con un suspiro, abría la puerta y concluyó, malhumorado:

—Le he limpiado y desinfectado las heridas y le di un calmante. Dormirá tranquilo unas horas. Elsa está cuidando ahora de dejar a su huésped en las mejores condiciones posibles. No se preocupe por nada y hágame caso: es muy tarde y le veo cansado, señor. Váyase a dormir y olvide todo eso. Si hay algún misterio en ello, el constable cobra para ello. Vaya, veo que se llevaron ya el cuerpo al depósito —acabó diciendo, con una ojeada a la salita anexa, antes de cerrar tras de sí y perderse en la negra y lóbrega noche.

Philip Beswick contempló, los leños del hogar, ya medio extinguidos, se estremeció levemente, sintiendo frío, y pareció sopesar los lógicas razonamientos del doctor, llegando a la conclusión de que estaba en lo cierto.

Echó una mirada lastimera a su cena casi intacta y fría. Ya no tenía apetito. Tomó un sorbo de la jarra de cerveza y subió a su habitación. Cuando llegaba ante la puerta y hacia girar la llave en su cerradura, se abrió la inmediata asomando una mujer.

—Perdone —murmuró—. ¿Qué es lo que ocurre esta noche? Me han despertado varias veces, caballero..

Philip miró a la mujer que hablara. Era de edad levemente madura, posiblemente mayor de treinta años, rubia natural, de pelo dorado oscuro, y bastante agraciada de rostro. Se envolvía en una bata de lana color frambuesa y estaba despeinada y algo somnolienta. Pero sus ojos color ámbar parecían sumamente despiertos.

—Un incidente sin importancia, señora —manifestó Beswick con una cortés inclinación—. Puede descansar de nuevo sin problemas, se lo aseguro. Imagino que es usted la señora Joyce...

—Así es, Melissa Joyce, señor...

—Beswick —sonrió él—. Philip Beswick, de Londres. He llegado esta noche a Newbiggin. Su compañero de alojamiento, el señor Merryvale sufrió un accidente y está acostado tras atenderle el doctor, eso es todo.

—Oh, menos mal que sólo fue eso... — suspiró la dama—, ¿Y antes? Creí oír voces, aullidos de perro, incluso carreras y disparos o algo parecido...

Los ojos ambarinos reflejaban temor y preocupación. Beswick procuró mostrarse tranquilizador en su vaga respuesta:

—Ese fue otro incidente. No deje que todo eso la desvele, señora. Mañana se enterará puntualmente de todo. Ahora, si me disculpa, es muy tarde. Buenas noches, señora Joyce.

—Buenas noches y gracias, señor Beswick —respondió ella, desapareciendo en su dormitorio arando Philip lo hacía ya en el suyo propio.

Una vez solo y encerrado por dentro, el viajero de Londres frunció el ceño, despojándose de su levita y chaleco. En mangas de camisa, se sentó en el borde de la cama amplia y confortable, meditando sobre los sucesos extraños de aquella noche. Oyó el ruido de una puerta al cerrarse, y suaves pisadas bajando a la planta inferior. Elsa, sin duda, había dejado ya durmiendo a su cliente, Ned Merryvale.

—Extraño individuo —meditó Beswick para sí—. Tampoco parece tener relación alguna con el mundo de la mar. ¿Qué hace en este lugar como huésped estable? ¿Y la señora Joyce? ¿Por qué ha venido precisamente a un sitio como Newbiggin a tomar ese barco hacia Noruega? Singulares personas las que se alojan aquí. ¿Adónde iría con semejante noche Ned Merryvale, para volver tan tarde y en tan lamentables condiciones? Su historia coincide con los relatos de hace diez años, pero...

Se encogió de hombros, tomó de su maleta un montón de hojas de papel en blanco y escribió sobre una de ellas una serie de rápidos apuntes, antes de desnudarse y meterse entre las rígidas, limpias y frías sábanas.

Se hubiera dormido de inmediato, dada la fatiga que invadía su cuerpo, de no ser porque los incidentes de la extraña noche no habían dejado de presentarse todavía. para su exasperación.

Fue algo repentino y muy inquietante, justo cuando acababa de apagar el quinqué de encima de la mesilla para conciliar el sueño Rozó los vidrios de la ventana de su dormitorio, como si fuese una ráfaga de lluvia. Pero no era lluvia, estaba seguro, sino algo sólido, capaz de martillear con un golpeteo chirriante la vidriera.

Se puso rígido dentro del lecho, con la mirada fija en los vidrios de la ventana, alumbrados indirectamente por el lechoso reflejo de una farola de gas cercana a la fonda. Y su intuición resultó cierta.

Al repetirse el roce en los vidrios, vio saltar sobre ellos unas diminutas partículas que batían apagadamente la ventana, para caer luego con manso rumor sobre el alféizar.

—Arena se dijo, pegando un rápido salto de la cama para correr, semidesnudo, a la ventana. Y empuñaba en su diestra el Derringer ya amartillado, por lo que pudiera suceder.

Abrió la hoja de madera y vidrio grueso, asomando cauto al exterior, lo que vio, tras descubrir en el alféizar las partículas de piedrecillas arenosas, le cortó el aliento y logró erizar los cabellos de su nuca súbitamente.

Una mujer deambulaba por la calle, como un fantasma, bajo la ventana de su dormitorio. La lluvia empapaba sus ropas y sus largos cabellos oscuros. Pero todo eso, con ser extraño, no era lo más inquietante ni anómalo de aquella situación.

La desconocida elevó su cabeza, dirigiendo una mirada de angustia hacia su ventana, para de inmediato proferir un grito de terror al verle asomado, y emprender veloz carrera calle abajo, golpeando el empedrado apagadamente con sus pies desnudas.

Ni siquiera eso resultaba lo más insólito del hecho, con serlo mucho.

Es que aquella mujer, joven, desconocida, moviéndose como un fantasma en la noche, bajo la lluvia helada y el viento tempestuoso... ¡iba vestida enteramente de blanco con ropas de novia!

CAPITULO IV

Philip Beswick sólo vaciló cosa de unas décimas de segundo, antes de tomar una súbita decisión. Corrió al colgador, tomó su pantalón y levita, y se vistió con rapidez, fulminante, tomó la pistola de nuevo, y se subió al alféizar de la ventana, midiendo la distancia al empedrado de una ojeada. Luego, saltó limpiamente.

Cayó sobre la calzada con sus piernas flexionadas para amortiguar el impacto, y echó a correr calle abajo, en pos de la insólita visión nupcial. Por muchas cosas raras que pasaran en Newbiggin en una noche como aquélla, la última batía todas las marcas imaginables. Era totalmente disparatado que una mujer vestida de novia se pusiera a recorrer la población bajo el aguacero y el fría en plena madrugada, vestida de novia y tirando arena a la ventana de un desconocido, para luego huir al verle despavorida y dando gritos.

Temió perderla, a causa de la pérdida de tiempo motivada por cubrir su desnudez lo imprescindible para una cacería tan insólita, pero pronto descubrió con cierto alivio que la desconocida había perdido ventaja al caerse en el empedrado, tal vez a causa de sus pies desnudos sobre los cantos redondos y húmedos. Se estaba incorporando, a dos manzanas de él, mirando atrás con pavor, para iniciar de nuevo su desesperada carrera hacia la niebla, la playa y la noche oscura y lúgubre. Philip renovó sus esfuerzos, y con sus largas piernas devoraron yardas, reduciendo cada vez la sepa ración entre él y la dama misteriosa.

Ella se volvió una vez, y su rostro, enmarcado por los oscuros cabellos chorreantes de agua, se mostró lívido. desencajado. Tenía grandes ojos también oscuros, dilatados por un terror irracional, especialmente dado que había arrojado la arena contra la ventana del hombre que la perseguía, y cuya presencia, sin embargo, tanto parecía asustarla.

—¡Deténgase! —gritó Philip con voz potente—. ¡Deténgase, señorita, por favor! ¡No voy a causarle daño alguno, haga el favor de esperarme!

Ella meneó frenética la cabeza y trató de apresurar su carrera lo más posible. En la distancia, rugía la mar, batiendo las rocas y la arena del litoral. En alguna parte, de súbito, un ladrido, seco, ominoso, rasgó la no che como una cuchillada sonora, un grito de pavor escapó de labios de la joven.

Beswick, alertado por aquel ladrido, empuñó con más firmeza su pistola, temiendo vérselas de nuevo con el pavoroso mastín de los ojos luminosos, aunque temió más aún por la suerte de la

desconocida novia, cuyas amplias y largas faldas blancas, hechas jirones, colgaban lamentablemente entre sus pies descalzos.

—¡Por favor, no siga corriendo! —insistió—. ¡Soy un amigo, no huya de mi, quienquiera que usted sea! ¡Sólo trató de ayudarla!

Ella no aceptaba nada de todo eso y seguía su carrera, pero Beswick ganó mayor ventaja en las siguientes yardas, a causa de la fatiga de la mujer, y al Final se lanzó sobre ella en un salto poderoso, tras guardar el Derringer en su levita.

La novia gritó, rodando con él por el inicio de la franja arenosa del muelle, entre las barcas de pescadores, no lejos de donde hallara la muerte poco antes el comerciante Stephen Nye. Ella forcejeó, con chillidos histéricos, tratando de desasirse de su captor.

El londinense la aferró con fuerza, sujetando sus brazos y presionando con sus piernas las de ella, en una férrea tenaza que lograba reducir al mínimo las fuerzas angustiadas de su cautiva.

—Quieta, quieta —jadeó, reduciéndola paulatinamente, sin causarla daño—. Se lo niego, no insista. Le dije la verdad, estoy aquí para ayudarla...

—No, no —sollozó ella, sacudiendo violentamente la cabeza—. No por Dios, a mi no. No quiero morir, no quiero morir...

—Claro que no. Nadie va a dejarla morir, señorita. No sé lo que le pueda pasar, pero le aseguro que la defenderé de cualquiera que intente hacerla daño, créame.

Ya estaba dominada. De repente, ella comenzó a llorar presa de una fuerte histeria sin oponer resistencia. Beswick, impulsivo, acarició sus empapados cabellos, compasivamente. Sus fuertes dedos lograron mostrarse tiernos y suaves.

—Vamos, vamos —la trató de calmar—. Llore si lo desea y la tranquiliza. Ahora, vamos a alguna parte donde pueda secarse un poco y evitar una pulmonía. Hace una noche de perros para andar por ahí vestida de novia, compréndalo. Tiene sus ropas hechas un desastre.

Se irguió, la tomó en sus brazos resueltamente, sin que ella opusiera ya resistencia alguna, y caminó calle arriba, de regreso a la fonda, bajo las luces de las farolas, difuminadas en la espesa niebla, en la impresionante soledad de aquel pueblo fantasmal. Intuía que tras cada postigo cerrado había una persona persignándose o rezando, sin atreverse a mirar afuera en la trágica noche de aniversario, ajenos por completo los habitantes de Newbiggin a los sucesos que alteraban su calma nocturna

Llegó ante la puerta cerrada de la fonda. Depositando suavemente a la mujer en tierra, aunque sujeta por un brazo y apoyada contra el muro, golpeó con la otra mano ruidosamente la puerta de pesada madera, voceando al mismo tiempo:

—¡Abra la puerta, Elsa! ¡Abra, pronto! ¡Soy yo, Philip Beswick, no tema! ¡Abra, y ya le explicaré más tarde!

A la tercera llamada, la mesonera se atrevió a abrir. Venia envuelta en un chal, temblando, con un quinqué en su mano, despeinada y con los ojos dilatados por el asombro y el miedo. Bajo el chal, se vislumbraba la firmeza abundante de unos jóvenes y macizos pechos desnudos.

—Dios mío, ¿qué hace usted afuera? —preguntó, demudada—. Le imaginaba arriba, en su habitación, señor Beswick...

Y de repente, se fijó en la extraña compañía de su huésped, lanzando una exclamación de inmenso asombro. Los ojos, clavados en la novia, reflejaban un estupor sin límites.

—¡Cielos, es ella! ¡Janice Morgan en persona... y vestida para su boda! ¿Qué es lo que pasa aquí, señor Beswick?

—Eso es lo que a mí me gustaría saber, amiga mía —resopló el huésped, apartándola con suave firmeza para introducir a la desconocida en la fonda.

* * *

Parecía algo mejor pero seguía ofreciendo una apariencia patética.

Elsa la hizo tomar una taza de infusión caliente, mientras la envolvía mejor en mantas secas y calientes, frente al renovado fuego de la chimenea. La joven tiritaba aún, con su pelo brillante de humedad, pese a los esfuerzos de la mesonera para secárselos con una gruesa toalla. Los ojos permanecían fijos en el fuego. Eran de un gris oscuro, profundó e insondable. Parecía a mil millas de aquel lugar y de las personas que le rodeaban.

—Sería mejor avisar al constable —comentó Beswick gravemente —. No es normal que esa joven anduviese por ahí vestida de novia...

—No, no lo es —convino Elsa, tapándose algo mejor sus poderosos pechos y enrojeciendo levemente al notar la mirada del forastero fija en ellos—. Y menos aún tratándose de Janice Morgan. Iba a casarse hoy con Howard Stribling, el hombre más rico de Newbiggin...

—¿Hoy? — pestañeó sorprendido Beswick, mirando a la ensimismada joven—. ¿Qué ha podido ocurrir para que hiciera una cosa así en la víspera de su boda?

—No tengo ni idea, la verdad.

—¿Existen indicios de... de algún desequilibrio mental en esa joven?

—¿En Jenice? Que yo sepa, no, ninguno. Es siempre una joven muy normal, de excelente familia... Vive en las afueras de la población, en la casa de su padre. El señor Morgan es un hombre rico, dueño de una fio tilla pesquera local, así como de la empresa de

salazones donde comercia la pesca obtenida...
—Entiendo. ¿Y el novio?
—Howard Stribling es el propietario de los astilleros de embarcaciones de pesca, a dos millas de aquí, así como del establecimiento que hay en el puerto, donde se venden toda clase de aparejos y útiles marineros, desde un fanal hasta un mascarón de proa. Muchos navíos importantes le compran sus aparejos o sus herramientas y objetos decorativos cuando anclan frente a esta costa.
—Un matrimonio de campanillas, lo mejor de la sociedad local, por tanto, ¿no es así?
—Así es, a nivel local, naturalmente —Elsa sonrió—. Imagino que para un hombre de Londres eso resulta ridículo, pero aquí son personas importantes, respetadas...
—No tiene nada de ridículo. **Vivo** en Londres, pero nací en un pueblecito no mucho mayor que Newbiggin, Elsa. Entiendo muy bien esas cosas.
—Oh, es un alivio saber que comprenderá mejor nuestro ambiente, entonces —suspiró ella, mirándole con mayor familiaridad ahora—. Siento que le estemos dando tantos quebraderos de cabeza tata noche, señor Beswick. No sólo no ha podido cenar, sino que tampoco le es posible descansar... Ciertamente, parece como si el mismo Diablo hubiera llegado esta noche a Newbiggin, como afirmaba el contramaestre Darryatt...
—Darryatt... Era el contramaestre del ***Mary Queen,*** ¿verdad? —indagó Philip distraídamente.
—Sí. Pero no se ahogó con el barco. Se quedó en tierra esa noche, tras pelearse rabiosamente con el capitán Hardwood y ser atacado por su perro «Luzbel» en la cantina del puerto. El Mascarón Dorado. Se despidió de la tripulación del ***Mary Queen.*** y fue muy oportuno, porque horas después desaparecía en el mar el navío con toda su tripulación, incluida la señora Hardwood, motivo de la discusión.
—¿La señora Hardwood? Algo he oído sobre eso. ¿Celos?
—Oh, sí. El capitón era muy celoso de la rara belleza de su esposa y de su conocida frivolidad con otros hombres. Juró matar a un joven apuesto que la cortejaba en exceso y a quien ella no parecía hacer ascos, llegandose a murmurar si eran amantes. Ese joven era «Hardy Houston, el hombre que moriría diez años más tarde con la garganta destrozada, en el promontorio del viejo faro. También Darryatt la cortejaba. Y ella no le hacía ascos. Eso llevó a los dos hombres a pelear como fieras. Y salvó la vida del contramaestre.
—¿Vive ahora Darryatt?
— No, no. Al menos, nadie sabe que viva. Desapareció una noche.

—¿Cómo?

—En el mar, como siempre desaparecen los marineros —suspiró ella—. Salió con una barca de pesca, en noche de temporal, y jamás regresaron ni él ni la embarcación. Eso ocurre muy a menudo en estas aguas, señor Beswick.

—Sí, entiendo —pareció desinteresarse de todo lo relativo a la siniestra historia del *Mary' Queen* y fue hacia la joven novia, arrodillándose junto a ella para preguntarle suavemente—: ¿Se encuentra mejor, señorita Morgan?

Ella, despacio, giró la cabeza hasta mirarle. Primero pareció asustada, pero poco a poco asomó cierta mansedumbre a sus ojos, se endulzó su gesto y acabó asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Si, gracias —susurró con voz apagada—. Creo que si... No sabe cómo le agradezco lo que ha hecho por mi. Hubiera sido capaz de... de matarme.

—¿Por qué? —trató de saber suavemente Philip.

—Porque él me lo ordenaba...

—¿El? ¿Se lo ordenaba? —el estupor asomó a la voz de Beswick —. ¿Quién es *él?*

—No... no recuerdo. Está aquí, en mi mente... —se tocó la cabeza, significativa—. Es el Mal... el Diablo... Me domina... me obliga... a matar y a morir...

—Dios mío —susurró Elsa, persignándose—. El Diablo... Sabía que estaba presente...

—¿A matar y morir, ha dicho? —insistió Beswick sobre la novia estremecida, tras una ojeada de repro che a la asustada mesonera—. No diga tonterías. Nadie va a matarla. Ni usted matará tampoco a nadie, se lo aseguro. Debe apartar esas ideas de su mente y tranquilizarse. Avisaremos al doctor para que la ayude a calmarse y descansar. Piense que mañana es su día de boda... Es decir, hoy ya. Dentro de pocas horas. A su novio no le gustaría verla así a la hora de la boda, compréndalo...

—Mi... novio... —repitió ella, como un eco. Y de repente, sin existir aparente motivo para ello, estalló en sollozos, cubriéndose el rostro con ambas manos. La mente se desprendió en parte de su cuerpo, pero Philip sé apresuró a cubrirla pudorosamente con ella, apenas fueron visibles ante sus admirados ojos los desnudos hombros de la novia y sus menudos, firmes y erectos senos de adolescente, rematados en terso pezón sonrosado.

—Vamos, vamos, cálmese —la apaciguó dulcemente Beswick—. ¿Quiere que le avisemos, necesita verle para algo? Claro que dicen que no da buena suerte ver a la novia antes de la boda, y menos vestida con las ropas de esponsales, pero mucho me temo que ese vestido ya no le sirve para nada y deba improvisar algo para la ceremonia nupcial. Ha quedado inútil bajo la lluvia.

—Ya nunca necesitaré vestido —gimió la joven entrecortadamente, entre sollozos—. Ya nunca me casaré...

—No digo eso. Va a volver a su casa como una buena muchacha, descansara hasta el nuevo día, e irá puntualmente a su cita en la iglesia, ya lo verá.

—Pero ¿es que no lo comprende? —se exasperó ella, dirigiéndole una mirada patética desde un bonito y pálido rostro arrasado por el llanto—. ¡Nunca habrá boda, nunca! Porque tampoco habrá novio ya jamás... No puede haber novio... *¡porque yo le he matado esta noche con mis propias manos!*

* * *

—Desgraciadamente, es la verdad. Howard Stribling está muerto. Asesinado...

El constable Paul Warren dijo esas palabras con tono solemne y gesto de circunstancias, mientras salía de la alcoba del hijo único de los Stribling, en la elegante mansión situada en la parte norte de la ciudad, sobre una loma rocosa, de abrupta subida en pendiente, rodeada por brezos y arbustos silvestres de aspecto sombrío, azotados por el húmedo viento marino.

Ahora, el policía no estaba solo. Su colega, John Doyle, le escoltaba, ceñudo, haciendo anotaciones en el lugar de los hechos. Philip Beswick, invitado especialmente por Warren tras los sucesos de la fonda, trató de echar una mirada a la alcoba del novio, revuelta espantosamente a primera vista. Pudo atisbar el balcón abierto de par en par, la sangre extendiéndose copiosamente por ropas y suelos, y un brazo y una pierna desnudos del difunto, colgando grotesca, rígidamente, desde el lecho.

Estaba clareando ligeramente por el litoral, y la luz del nuevo día apenas si lograba abrirse paso entre un cielo negruzco, preñado de amenazadores nubarrones, la mar sonaba gruesa y agitada, allá en los acantilados próximos.

En el *living* de la mansión, lloraban amargamente una pareja de ancianos, abrazados el uno al otro. Eran Nelson y Cynthia Stribling, los padres de la víctima Para ser él un hombre joven, de menos de treinta años, sus padres resultaban de edad muy avanzada, pensó Philip, estudiándolas pensativo.

—¿Cómo pudo ocurrir? —indagó el londinense, acercándose al policía—. ¿Qué hacía la novia en casa de su prometido, la madrugada víspera de la boda?

—Nadie lo entiende. Y menos aún que vistiera de esponsales en ese momento. Se han encontrado sus zapatos de raso blanco. Uno entre los brezos de la ladera, el otro junto al balcón abierto por el que debió entrar para matar a su prometido.

—¿Es seguro que ella le mató?

—Diablo, usted mismo se lo oyó confesar, ¿no es cierto? Eso, al menos, me ha contado Elsa. Y usted mismo también...

—Esa joven, Janice Morgan, parece bajo una fuerte presión psíquica, como presa de un violento histerismo. Podría estar diciendo cosas que ella *cree* ciertas, pero que no lo son necesariamente.

—A veces, señor Beswick, habla usted como un policía —comentó Warren con sarcasmo—. Y es sólo un escritor, recuérdelo. Deje este asunto en mis manos.

Doyle y yo tenemos más experiencia que usted en esta clase de cosas, puede creerme. Mientras las circunstancias confirmen las palabras de esa joven, debo necesariamente creer en su confesión y

considerarla como presunta autora de un asesinato en la persona de su pro metido. Tal vez sufre una locura transitoria, no sé. Eso deberán decidirlo los médicos.

—¿Qué ha dicho de ella el doctor Hoffman?

—Nada concreto. No es un especialista, pero considera que sufre una fuerte crisis emocional y está muy alterada, diciendo a veces incongruencias.

—Me gustaría saber si es una incongruencia lo que dijo de «él» y de sus órdenes para «matar o morir».

—*¿El?* —repitió Warren arqueando las cejas—, ¿A quién se refiere?

—No lo sé. Es lo que dijo Janice. Se refirió a un ser inconcreto, que dijo podía ser el Mal... o el Diablo.

—Es la segunda vez que oigo mencionar al Diablo esta noche —rezongó Warren—, La primera fue cuando usted entraba en la posada, precisamente.

—Entiendo. E imaginaron que podía ser yo —sonrió sarcástico el joven.

—Bueno, llegó tan oportunamente... Pero dejemos eso. En una sola noche, ha habido dos crímenes en Newbiggin: Stephen Nye y Howard Stribling...

—Uno, muerto por un perro fantasmal. El otro, por una novia errante en la noche —señaló Philip, ceñudo—. Extraño todo, ¿verdad?

—No creo que un hecho tenga nada que ver con el otro... a menos que lo que dijo un día un viejo lobo de mar, ya fallecido, fuese cierto. Y el Diablo en persona estuviera hoy en Newbiggin, atraído por esa fatídica fecha del once de noviembre...

—Es fácil echar la culpa de todo al Diablo —suspiró Beswick, irónico—. Muy fácil, constable. Pero algo en todo esto no me gusta nada... Han ocurrido demasiadas cosas anoche para olvidarlas: un perro espectral de ojos llameantes y boca luminosa, un cadáver en una barca con la garganta destrozada, un hombre herido al parecer por una helada mano surgida del mar veinte años después, espectros descarnados deambulando por las calles, una novia aterida y frenética que arroja arena a mi ventana y luego huye de mi despavorida, para terminar confesando que mató a su prometido en la víspera misma de su boda... Todo eso es tan incongruente, tan absurdo y falto de sentido, que parece una historia de locos. Y sin embargo, ambos sabemos que ha ocurrido, delante de nuestros propios ojos, constable.

—Así es —admitió Warren, contrariado, dirigiéndose de nuevo a la alcoba trágica—. No tiene por qué ver eso, pero si quiere entrar... Tal vez esto merezca que mencione mi nombre en esa enciclopedia suya.

—Lo intentaré, palabra —prometió sonriente Beswick, siguiendo al policía al interior del dormitorio.

Realmente, el espectáculo era pavoroso.

Howard Stribling había sido un joven vigoroso y bien parecido. Rubios cabellos, ojos azules, buena figura y expresión decidida. Ahora era un grotesco cadáver en medio de un caos de sangre. Sábanas, alfombras y hasta los muros, aparecían salpicados de sangre o mostrando copiosos regueros ya secos. Le habían cortado la garanta de un tajo, profundo y seguro, de oreja a oreja. A pies del cadáver, yacía la que debió ser arma mortal, un largo, afilado cuchillo puntiagudo, tinto en sangré. Había manchas de sangre también en su empuñadura, dibujando nítidamente unos dedos y una mano. Philip se dijo que por su tamaño, bien podía ser una mano femenina...

El rostro del desdichado, medio tumbado en el lecho, donde le sorprendió la muerte, reflejaba un horror y asombro sin límites. Sus claros ojos dilatados, vidriosos, se clavaban en el vado, allí donde sin duda viera a su asesino durante unos breves y terribles momentos. Piadoso, el constable le pasó los dedos, cerrando sus párpados con alguna dificultad, debido al *rigor mortis.*

Beswick fue al umbral del balcón, asomado a un patio trasero con flores y setos, rodeado por una alta tapia de ladrillos. En la tapia vislumbró una puerta trasera, a medio abrir, asomando a los riscos de la toma y a los brezos agitados por el viento matinal. Era fácil colegir el camino de ida y vuelta seguido por el asesino.

—Janice conocía bien la ruta. Estuvo muchas veces en esta casa. Los Stribling la profesaban un gran afecto y veían con placer su compromiso con su hijo... No pueden creer aún que ella haya sido capaz de algo así, pobre gente.

Philip asintió en silencio, saliendo al patio y recorriendo todo con escudriñadora mirada. Se detuvo en la puertecilla y asomó la cabeza al exterior, captando una hosca panorámica del acantilado, el oleaje fuerte de la mar y las gaviotas volando en bandadas sobre el promontorio del viejo faro ya en desuso. Más allá, en plena bahía, vislumbró una especie de rocoso peñasco, un islote de piedra adusta, cuyo perfil, contra el alba grisácea y fea, tenía una extraña, inquietante semejanza con la faz de un demonio de puntiaguda barbilla y cornudo cráneo. A su espalda. Warren observó con tono apacible:

—Sí, veo que le sorprende. De día, ese islote que se alza ahí parece un verdadero busto del Diablo. Así le llaman los pescadores locales precisamente: *Devil Head* (1). Entre el islote y el promontorio se hundió el *Mary Queen* aquella noche.

(1) *Devil Head:* Cabeza de diablo en inglés

—No fue muy lejos de la costa, por lo que veo.

—No. no muy lejos. Pero las aguas son muy profundas allí, sobre todo en la noche, con la marea alta. Hay una fosa marina ahí bastante honda. Nunca se halló rastro del barco ni los tripulantes por

esa razón, pese a la proximidad. Nadie llegó hasta el fondo jamás, pese a que muchos lo intentaron. Carga, tripulación y barco se quedaron ahí para siempre, con el misterio de su extraño hundimiento sin desvelar jamás.

—Entonces, ¿cómo se sabe que el hundimiento fue provocado?

—Se oyó una gran explosión a bordo, antes de producirse el naufragio. Y el M*ary Queen* no llevaba munición alguna entre su carga, ni tan siquiera explosivo de ningún género, según informó la Compañía Británica de las Indias Orientales, propietarias del barco. Por tanto, alguien lo hizo hundir, sin que se sepan los motivos.

—Muy interesante —volvió su mirada al muro de ladrillo, a la puerta metálica, a las huellas de sangre en el suelo y en el quicio de la entrada—. Pero de momento, me interesa mucho más lo ocurrido aquí esta noche. Aquello pasó hace veinte años. Esto, aún está caliente. Y una mujer podría ser ahorcada por asesinato si se comprobase que dice la verdad.

—Tal vez pueda librarse de eso si se demuestra que
Janice está loca... y termine sus días en un manicomio.

—No sé qué sería peor —suspiró Philip—. Personalmente, no creo que ella esté loca. Ni tampoco que sea una asesina. Pero algo hay, ciertamente, que dista mucho de estar claro. Y me pregunto si habrá que buscar lo en el plano de lo real... o más allá de este mundo.., Warren le miró sin entender bien. Luego. Philip manifestó lentamente:

—Me gustaría mucho conocer a la familia de Janice Morgan, la verdad.

—Clarence Morgan no es muy amigo de visitas —observó el constable—. Y menos ahora, imagino, cuando sepa lo que hizo anoche su hija... De todos modos, iré a verle este mismo mediodía. Si quiere reunirse conmigo dentro de un par de horas en la comandancia del pueblo, iremos juntos a verle, ya que tan interesado está en este sórdido y extraño drama, señor Beswick.

—Es muy amable, constable. Ahora puedo prometerle que su nombre figurará en mi artículo de la Enciclopedia del Mar. Hasta luego, voy a dar una vuelta por el pueblo. Me temo que ya pasó definitivamente la hora de intentar dormir un poco...

Agitó una mano, en saludo al policía, y tras tocar con sus dedos, pensativo, una mancha de sangre en el quicio de la puerta de la tapia, a la altura de su propio rostro, se alejó ladera abajo, de regreso a la población que se desparramaba a pies de la loma, hasta asomarse al sombrío Mar del Norte, sobrevolado en esos momentos por centenares de chillonas gaviotas.

CAPITULO V

El Mascarón Dorado era una típica cantina de barrio marinero. Asomada frente al embarcadero de los pescadores, ocupaba la planta baja de una casucha vieja, de desconchados muros. Su muestra asomaba en metal oxidado, que el viento hacia chirriar, evocando una de esas posadas típicas de los pueblos marítimos de Inglaterra, como aquella del Almirante Benbow que iniciaba «La Isla del Tesoro» según relataba Stevenson en su reciente novela de aventuras (1).

(1) Robert Louis Stevenson inició su novela «La Isla del Tesoro» *en* el verano de 1881 editándolo en Inglaterra en 1883 por vez primera. (N. del A.)

Un fanal rojo daba luz de noche a aquel cartelón colgado de su barra de hierro, encima mismo de las puertas de vidrios emplomados que daban acceso al interior del local, alargado y lúgubre, con paredes encaladas, mesas y taburetes de tosca madera, y varios toneles panzudos a guisa de mostrador. El dibujo de un mascarón con el rostro y busto de una mujer, adornaba el anuncio de fuera, y decoraba el muro tras el mostrador. Era un viejo mascarón astillado, de color dorado, y el artista había exagerado tanto los pechos de la mujer allí representada, que éstos parecían dos enormes melones sobre la cabeza del dueño del local.

—Soy el capitán Ben Carlson, señor —se presentó el hombre de cabeza calva, largas patillas canosas y rostro rubicundo que se ocupaba de atender a los clientes de la taberna, limpiándose la mano manchada de cerveza para estrechar la del recién llegado—. Esta posa da fue de mi padre y ahora lo es mía. Un Carlson la poseyó siempre, desde hace cincuenta años.

—De modo que ya era suya cuando se hundió el *Mary Queen* —comentó como al azar Beswick, sentándose en una de las mesas.

El capitán le minó fijamente, con repentino recelo. Afirmó, aunque sin énfasis:

—Sí, claro. He visto muchas tragedias así, tanto en este lugar como en mis años jóvenes, como capitán de un ballenero. Al morir mi padre, dejé de navegar para seguir la tradición familiar. Un naufragio, para mí, no es noticia.

—Para mi, si. Ya le he dicho que trabajo para un editor de Londres que va a publicar un libro sobre naufragios famosos y hechos de la mar. Usted puede figurar en él si me cuenta algo sobre aquel hecho.

—¿De veras? —los ojos del cantinero se animaron bajo las hirsutas cejas. Fue a por dos vasos y una botella de ron, sentándose con él en la misma mesa—. Entonces voy a narrarle todo, tal como yo lo recuerdo. Y le aseguro que mi memoria es muy buena y me es

bastante fiel, pese a que ya no soy tan joven. ¿Le gusta el ron?

—Me gusta todo lo que tenga alcohol —sonrió Beswick—. Especialmente, para beberlo con un amigo, capitán.

—Entonces, a su salud —llenó los vasos y brindó. Ambos hombres apuraron sus copas. Luego, el capitán Carlson comenzó a narrar a su interlocutor, con voz pausada—: No olvidaré nunca la noche del once de noviembre de 1876, cuando el *Mary Queen* se hizo a la mar pese a lo adverso de la climatología de aquella semana. Llevaba una carga normal de whisky, alcohol destilado y muebles, con destino a las Indias Occidentales. Pero el capitán Hard Wood, no sé por qué motivos personales, quería hacer el viaje dando un rodeo hasta Dinamarca, para tocar puerto en Esbjerg. El capitán Duncan Hardwood era un colega muy extraño. Duro, introvertido y autoritario, rara vez daba explicaciones de sus actos a nadie, ni tan siquiera a su bella esposa ni a sus armadores, la Compañía Británica de las Indias Occidentales.

—Tengo entendido que su esposa era realmente hermosísima...

—¿Leticia? Vaya si lo era —ponderó el cantinero, llenando de nuevo los vasos—. Tan bella como el insoportable, hosco y violento. Puede que tuviera devaneos con alguno de sus jóvenes admiradores. Si fue así, no seré yo quien se lo reproche. Soportar toda una vida a un hombre como Duncan, tenía que ser un infierno para una mujer, especialmente para una mujer joven y sensible, además de hermosa, como era Leticia Le confieso que yo mismo traté en vano de atraer su atención por entonces. Pero ella parecía preferir, entre todos sus rendidos admiradores, al joven y arrogante Hardy Houston, practico de este puerto y empleado de la Compañía de las Indias. Fuese como fuese, esa noche hubo una explosión a bordo del *Mary Queen.* cuando estaban navegando entre el promontorio del viejo faro y ese islote maldito, *Devil Head...* hundiéndose en pocos minutos en medio de grandes llamaradas, a la vista de todos, sin que pudiéramos llegar a tiempo de encontrar otra cosa que fragmentos de madera quemada y algunos muebles astillados flotando en las aguas. Ni rastro de tripulación con vida o muerta. Nada. El mar se tragó a sus víctimas y jamás las devolvió. Es algo que no siempre ocurre. Estuvimos meses enteros esperando que la marea trajese algún cuerpo a ti orilla, pero eso nunca llegó a producirse.

—Y luego, llegó la leyenda, diez años más tarde...

—Así es. La leyenda —Carlson meneó la cabeza—. Por si fuera poco, lo de esta noche... Stephen Nye... y Howard Stribling... Es curioso que hayan sido precisamente ellos, si, señor... después de lo de Hardy Houston hace diez años, la verdad.

—¿Curioso? —Beswick le minó fijamente, bebiendo otro trago de ron —. ¿Por qué dice eso, capitán?

El ex ballenero apuró su segundo vaso, volvió a llenar ambos, y se inclinó confidencialmente hacia su interlocutor, explicando en voz baja:

—Esa noche, señor Beswick... todos esos hombres estuvieron en mi casa, tomando una botella de ron como ahora usted y yo... Estaban ahí, en ese lugar, precisamente —señaló una especie de reservado, tras una arcada, algo más elevado de nivel que el resto de la sala, con una larga mesa y seis taburetes. Encima de todo ello, sobre el muro, se veían arpones balleneros colgados de la pared.

—¿Todos ellos? —se sorprendió Beswick—. Howard Stribling debía de ser un niño por entonces...

—No, no. Howard no estaba, claro. Debía tener nueve o diez años en esa fecha —rió Carlson, con sus mejillas cada vez más rojas por efecto del ron—. Lo cierto es que estuvo su padre, el viejo Nelson, ya sabe. El dueño de los astilleros y la tienda de aparejos. Nelson Stribling, Stephen Nye, Hardy Houston, Clarence Morgan...

—¿Clarence Morgan? —Philip dio un leve respingo—. ¿El padre de Janice?

—Sí, el mismo. Otro pez gordo de este pueblo. Estaban ellos cuatro... y el contramaestre Darryatt.

—¿Darryatt estaba con ellos?

—Si. Los cinco parecían celebrar algo. Me preguntaba si sería el hecho de que Darryatt se hubiera pegado con Hardwood aquel mismo día, causando baja en el *Mary Queen* justo horas antes de zarpar y, natural mente, de naufragar. Pero no veo que hubiera mucho motivo de celebración, porque pese a su fuerza física, Darryatt había sido vapuleado por Hardwood, y por si ello fuera poco, mordido por «Luzbel», el poderoso y fiel mastín propiedad del capitán.

—Y aun así, ellos parecían celebrar algo...

—Así es. Por entonces, ninguno era tan rico como lo es ahora, claro. Me refiero a los que están vivos. Darryatt no tenía donde caerse muerto. Era un verdadero diablo. Así como Hardwood era violento y hosco, me hubiera fiado siempre más de él que del retorcido Darryatt.

—¿Cómo reaccionaron ellos al producirse el siniestro a bordo del *Mary Queen?*

—Oh, como todo el mundo. Salieron despavoridos, corrieron a puerto, intentaron acercarse al barco que se hundía entre llamas, usando barcas de pesca...

—¿Pudieron fingir ese interés por ayudar a Hardwood y su tripulación?

—Hum, no sé —Carlson miró perplejo a su cliente—. ¿Es eso lo que usted sospecha, señor?

—Es una posibilidad. ¿Se mostró afectado Houston por la señora Hardwood y su suerte?

—Sí, bastante. El contramaestre Darryatt tuvo que abatirle de un puñetazo, dejándole sin sentido, para que no intentase ir a nado hasta el lugar del hundimiento, lo cual con aquella mar tan gruesa hubiera sido suicida.

—Y ahora, veinte años más tarde... ya no viven Hardy Houston, ni Stephen Nye, ni e! hijo de Nelson Stribling. La hija de Clarence Morgan se ve acusada de asesinato... y el contramaestre Darryatt ha desaparecido en el mar hace años. Mala suerte tuvieron sus clientes, capitán. A menos que sea la venganza de los muertos...

Carlson puso un gesto serio y su mano, al moverse brusca, derribó su vaso, derramando el ron por la mesa. Lo alzó de nuevo, nervioso, y lo llenó hasta el borde, apurándolo de un trago.

—Eso lo dijo usted, señor, no yo —habló roncamente—. No me gusta mencionar ciertas cosas, la verdad.

—Pero... *¿cree* en ellas?

—A veces no hay más remedio que creer —se pasó la mano por el

mentón—. Los que hemos viajado por esos mares y hemos visto buques fantasmas en las noches de niebla, o hemos oído las quejas de los difuntos que reposan en las aguas, debemos creer cosas que los demás ni siquiera admiten. Y lo de hoy, señor Beswick, no parece tener una explicación demasiado lógica, ¿no le parece?

—No, no la tiene, lo admito. Además..., sabrá sin duda que anoche vi a ese perro.

—«Luzbel»... —se estremeció Carlson, pasándose la manga por la boca, aunque tenía secos los labios—. Claro. No se habla de otra cosa. Usted le hirió, eso dice Warren. Tenga cuidado. Es mala cosa enfrentarse a los difuntos. Ellos siempre vencen.

—Yo pensé inicialmente que podía ser un perro trucado, con unos toques de pintura fosforescente —sonrió Beswick—, Ahora, ya no sé qué pensar. Pero sigo opinando que resulta poco coherente que un perro espectral pueda ser herido de un disparo y que su cuerpo sangre, ¿no le parece?

—¿Y qué sabemos nosotros del más allá, señor? —musitó Carlson, mirándole fijo.

—Eso es bien cieno. Bien, capitán, no le molestaré más. Pero su nombre aparecerá en mi libro, eso seguro. Es uno de los pocos testigos de aquella noche memorable sobre la que escribiré todo un artículo... Once de noviembre de 1876...

—Exacto. Once de noviembre. No es fácil olvidarla. No ya por el hecho en si, sino porque aquel mes de noviembre de 1876 fue bastante sonado, ¿recuerda?

—No puedo recordar —sonrió Philip—. Yo entonces tenía sólo cinco años... ¿Qué se supone que debía recordar, capitán?

—El robo de las joyas de la Corona en Londres, señor. Fue el día primero de noviembre. Un tal Ralph Yordan lo cometió. Venía en todos los periódicas. No se hablaba de otra cosa en Newbiggin por aquellos días, hasta suceder lo del *Mary Queen.* Al tal Yordan le mataría la policía poco más tarde, en las cercanías de Leeds, pero las joyas y su arqueta nunca aparecieron. Un millón de guineas en oro, piedras preciosas, perlas y toda clase de maravillas... Una parte de las joyas reales, audazmente robadas por un astuto bribón que pagó su osadía con la vida. Claro que todo eso se olvidó por completo cuando sucedió lo del bergantín goleta de Hardwood, al menos en esta comarca. Y creo que ya nadie volvió a recordarlo jamás.

—Ahora que lo menciona, creo que oí hablar del hecho cuando ya era mayor, pero como usted dice, incluso en Londres se olvidó por completo. La casa real tiene demasiadas joyas para echar de menos las robadas. No creo que la Reina Victoria se inmutase demasiado por esa pérdida capaz de enriquecer a tantas personas... En fin, capitán Carlson, gracias por todo, y hasta otra vez.

Puso unas monedas sobre la mesa, se levantó y fue hacia la salida de la cantina portuaria. Algunos marineros iban entrando ya. Le dirigieron miradas recelosas, y cuchichearon entre si. Philip imaginó que debía ser bastante popular entre la gente pescadora del lugar, si Warren había propagado los sucesos de la noche anterior.

Ya cerca de la puerta, se cruzó con una mujer que salía de una puerta situada junto al mostrador forma do por los toneles. Era una pelirroja de madura edad, cuarentona, posiblemente, aunque fresca de carnes, maciza de formas y con aire decidido y altanero. Los recién llegados la saludaron cordialmente.

—Hola, Belle... Danos un trago.

—Hola, muchachos —respondió ella, dirigiendo una mirada de soslayo hacia Philip, con unos ojos verde oscuros, vivaces y astutos, mientras servia con rapidez vasos y licor a los habituales clientes de la casa—. Mala mar para el trabajo, ¿eh?

—Pésima —rezongó uno de rostro curtido y piel yo dada—, ¿Qué se puede esperar de un día como hoy, sino desgracias. Belle?

—Yo siempre dije que los forasteros traen mala suerte al pueblo sentenció ella, sin dejar de mirar ostensiblemente a Beswick.

El joven sonrió, ya con la puerta abierta, se encaró a ella sosteniendo su mirada, y manifestó secamente:

—Los forasteros no hundieron el *Mary Queen,* señora. Ni mataron a Houston, Nye o Stribling. ¿O cree usted que sí?

—¡Eh, espere un momento, buen mozo! —se irritó ella, parándole en seco cuando ya pisaba el exterior— Yo sé lo que me digo. El capitán Hardwood no era de aquí, ni tampoco lo era Hardy Houston, ¿entiende? Vinieron un día y se establecieron en Newbiggin, como tantos otros, incluyendo a mi capitán o al contramaestre Darryatt. El padre de Ben Carlson era sueco, y sueca es la sangre de Ben también. Y eso se lo digo yo, que soy su amiga desde hace más de veinte años, ¿entiende? De modo que no se dé por aludido por mis palabras, forastero.

—En ese caso, perdone, señora —sonrió él, con una cortés reverencia—. Celebro conocer a la amiga de tan excelente lobo de mar. ¿Estaba usted también aquí cuando se reunieron en esta cantina cinco hombres determinados, y un barco, un bergantín goleta, se hundió en esa bahía ante sus propios ojos?

Los pescadores se miraron entre sí, musitando cosas inaudibles. Luego, contemplaron a Philip con gesto de pocos amigos. Hosca, la llamada Belle replicó secamente:

—Márchese, forastero. Y no haga preguntas de ésas.

—Sí, señora —sonrió de nuevo, abandonando la cantina.

La otra se quedó en el mostrador, con sus brazos en jarras. Carlson, humilde, fue hasta ella y se lamentó:

—Por favor. Belle, no te portes así con ese caballero. Va a sacar mi nombre en un libro...

—Eres un estúpido. Ben —se irritó ella, con energía dominante—. Como me llamo Belle Blanchard que sólo trató de sonsacarte con falsas promesas. Nunca debiste hablarle de aquella reunión. Es mala cosa, lo sabes. Sobre todo... en el día de hoy.

Carlson no supo qué decir. Inclinó la cabeza y se retiró hacia la trastienda de su taberna, sin replicar a la mujer con quien convivía desde hada tantos años. Todo el mundo en Newbiggin sabía que el viejo ex ballenero era dominado por aquella hembra llegada de muy niña en un carguero francés, y convertida así en la auténtica propietaria de El Mascarón Dorado.

* * *

Clarence Morgan, el padre de Janice, era un hombre diferente a cuantos viera en Newbiggin hasta entonces. No parecía el habitante de un pueblo pesquero de la costa nordeste de Inglaterra, sino un lord residente en Mayfair o en un pueblecito de la campiña londinense, entre prados destinados a cacerías del zorro.

Alto, de buen pone, cabello oscuro salpicado de canas, bigote marcial, también plateado, tez bronceada, pero sin curtir y arrugar por el salitre y el yodo marinos, tenía arrogancia y distinción, modales correctos, suaves y afables y una voz bien timbrada y culta, con la que se expresaba fluida, suavemente.

Les recibió al constable Warren y a Philip Beswick con aire entristecido, sin que ello influyera en su cortesía y buenos modos. Luego les condujo a un *living* acogedor, adornado con acuarelas marinas en los muros y un modelo de hermoso bajel, reproducido sobre un pedestal dorado, mostraba en sus palos de juanete mayor y de proa la bandera británica, así como en la cebadera de mastelero y en el coronamiento. Sus gavias y vela de trinquete aparecían desplegadas majestuosamente, dándole un aíre casi real. Sólo le faltaba el mar para navegar. Era lo único realmente marinero en aquella casa digna de estar situada en Bedfordshire o en Surrey.

Una silenciosa ama de llaves sirvió un té. y el caballero de aire aristocrático habló pacientemente, sin poder ocultar el dolor en su voz.

—Naturalmente, he telegrafiado ya a Newcastle para que envíen aquí a un buen abogado y a un par de médicos especializados en enfermedades mentales. Exigiré con toda mi fuerza que la Justicia examine a mi hija legal y clínicamente, antes de proceder a acusación

formal alguna contra ella.

—Señor Morgan, sabe usted que tanto el *coroner* como yo mismo, haremos cuanto esté en nuestra mano para ayudar a su hija a tener toda la defensa legal posible, así como la posibilidad de una eximente por desequilibrio mental si ello fuera cieno —expresó Warren con tono embarazoso—. Sabe que soy el primero en lamentar lo que ocurre, pero ella confesó espontáneamente haber matado a su prometido, se la encontró de modo ilógico por esas calles de Dios, en plena noche, bajo la lluvia y vistiendo de novia, y para más desgracia, su confesión se confirmó con el hallazgo del cadáver de Howard Stribling, asesinado de una cuchillada en su dormitorio. Todo eso hace que no podamos sino arrestar a su hija, acusada inicialmente de presunto homicidio.

—Sí, Warren, entiendo muy bien que se limita a cumplir con su deber —manifestó Clarence Morgan amargamente—. Sin embargo, yo confío ciegamente en la inocencia de mi hijo, y pretendo defenderla con todas mis fuerzas hasta el final.

—Puede contar con mi ayuda en eso. Y con la del señor Beswick, aquí presente, que anoche recogió a su hija en la calle, evitando quizá una nueva tragedia.

—Sí, me han contado eso, señor —se volvió a Philip, mirándole con gratitud—. No sabe que reconocido le estoy por ello...

—No tuvo importancia, señor Morgan. Lo que cuenta es lo que ella hacía y lo que dijo. Como usted mismo, pienso que Janice Morgan no es culpable, pero será preciso probarlo. Ella habló de... de influencias extrañas sobro su persona. Dígame, ¿qué amistades frecuenta ella aquí habitualmente?

—Muy pocas, señor. Hay escasa gente joven en Newbiggin, y la que hay no encaja en nuestras costumbres. Yo nací en Coventry, circunstancias de la vida me trajeron aquí hace treinta años y aquí enviudé y nació mi hija. Tengo mis negocios en Newbiggin y la vida organizada en esta localidad, pero hubiera preferido que Janice se hiciera mujer en otro lugar más adecuado para ella. Eso sí, estudió en Oxford, se educó un tiempo con sus parientes de Londres y volvió hecha una dama. Creo que siempre ha echado de menos todo aquello. No le gusta la mar, ni los barcos y menos aún la pesca y la gente sencilla y humilde de estos lugares, que sólo habla de pescado, temporales y aparejos. Pero se amoldó a ello dócilmente, conoció a Howard y entablaron una buena amistad que culminó en el compromiso matrimonial, tan trágicamente roto de repente. Los Stribling y nosotros siempre fuimos buenos amigos.

—Comprendo. No hay persona alguna que pudiera, por tanto, influenciar a su hija hasta el punto de inducirla a un crimen tan espantoso...

—Cielos, no en absoluto —rechazó Clarence con energía.
—¿Es una muchacha religiosa?
—Lo era —confesó su padre, tras una vacilación.
—¿Qué quiere decir con eso? —indagó vivamente Philip.
—Verá... El reverendo Oxley, que era quien debía casarlos, se me quejó hace pocos días, diciendo que últimamente Janice descuidaba un poco sus deberes cristianos,
—¿Qué cree usted que significa con exactitud ese «últimamente»?
—No sé. Colegí que en cosa de un par de semanas, Janice no había acudido a los oficios religiosos de los domingos y festivos, como en ella es habitual. Prometí preguntarle a ella el motivo, pero lo olvidé por completo. ¿Por qué lo pregunta usted?
—Aún no sé a ciencia cierta. Ella no parecía dueña de su voluntad cuando la sorprendí en la calle anoche. Ni cuando arrojó inexplicablemente arena a mi ventana. Luego sí, se recuperó. Y habló de influjo maligno en su persona, de *alguien* que la inducía *a matar y a morir.* Fueron sus palabras exactas, señor Morgan.
—Dios mío, ¿qué significará todo eso? —se horrorizó el padre, angustiado.
—Creo que si lo supiéramos, tendríamos la clave de este horrible suceso. Dígame, señor Morgan, ¿existieron en la familia precedentes de desequilibrio mental? ¿Algún problema psíquico en usted, en su madre...?
Clarence Morgan negó con la cabeza. Luego, de repente, vaciló. Bajó la mirada. Parecía repentinamente anonadado por algo. Su confesión fue inmediata y sorprendente:
—Verán... Voy a confesarles algo que jamás revelé a nadie, señor Beswick, ya que pregunta usted eso. Mi esposa, ciertamente, sufría de dolencias cerebrales. Pero... Janice no es hija de ella.
—¿Qué...? —se sobresaltó Warren—, Usted nunca dijo eso, señor...
—Ha sido un secreto celosamente guardado durante años enteros. No lo desvelaría si no fuese por el bien de mi hija, créanme. Mi esposa no podía tener hijos. Yo... tuve un devaneo con una mujer, empleada nuestra en esta casa... y nació Janice. Le confesé la verdad a Thelma, mi difunta esposa. Era una gran mujer. Comprendió, me perdonó, e incluso se prestó a reconocer como propia a aquella niña. Así lo hicimos. La madre real no tenía gran interés en conservar a su lado a una hija, y nos la entregó sin problemas, marchándose con una suma de dinero. Fue legalmente declarada hija nuestra y como tal creció. Ahora, ya saben la verdad.
—¿Y quién era aquella mujer? ¿Pudo sufrir ella de algún mal mental?
—Lo ignoro. Sólo tuve con ella un breve trato intimo y cosa de un

año como empleada en mi casa. Era hermosa pero frívola y superficial. Nunca más supe de ella, pero no creo que su salud se resintiera. Físicamente era muy fuerte.

—Comprendo. ¿Podrá demostrar todo eso a un tribunal llegado el momento? —indagó el constable, preocupado.

—No lo sé. Si la verdadera madre no aparece, me temo que no —sonrió tristemente el padre—, Y eso va a ser difícil, después de veinte años...

—¿Veinte años? ¿Es la edad de Janice? —preguntó vivamente Beswick.

—Así es —Clarence Morgan le miró—. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Nació ella en 1876.... cuando se hundió el *Mary Queen* tal vez?

—Si —pestañeó Clarence y su tez broncínea pareció perder color —. Justamente dos meses más tarde... nada ella. Dios mío, señor, ¿a qué viene todo eso? ¿Por qué relaciona a mi hija con ese horrible suceso?

—Porque ella nació el mismo año... y mató a Howard Stribling. si es que lo hizo, la noche del vigésimo aniversario del naufragio, señor Morgan. No me diga que no ha advertido tal cosa...

—Oh, Dios, no, no... —sepultó d rostro entre sus manos y pareció sollozar sordamente—. Eso no puede ser... ¡No puede ser! Pero si. lo he pensado... y siento miedo... Mucho miedo. Ella no tiene culpa de nada, después de todo. Ella es inocente, no tiene por qué pagar pecados ajenos...

—¿Qué pecados, señor Morgan? —trató de puntualizar suavemente Philip.

Cuando el dueño de la casa alzó sus ojos hacia él, los tenia enrojecidos y húmedos. Y, ciertamente, había algo muy parecido al tenor en la convulsión de su boca.

—Es... es una vieja y oscura historia... —jadeó—. No deseo hablar de ella. No puede tener relación alguna con Janice, con mi querida Janice...

—¿La tiene con una alegre reunión en El Mascarón Dorado, la noche del once de noviembre de 1876, señor Morgan? — insistió Philip, implacable.

La lividez del hombre, ahora, era realmente profunda y evidente. Alterado, se puso en pie. Le vio caminar, tambaleante, hasta un mueble de fina madera, que abrió, para rebuscar algo. Lo encontró. Era una vieja lámina. Un dibujo bastante bueno, hecho a carboncillo. Lo tendió a Beswick con mano temblorosa. Este examinó el dibujo.

El artista era bueno. Y fácilmente reconocible el lugar, aquel reservado de la cantina, tras el pórtico. Cinco hombres sentados u una mesa. Reconoció fácilmente, veinte años más joven, a Clarence Morgan. Y el difunto Nye, el cadáver hallado en la barca varada en la arena. Los otros, sin duda, eran el resto del grupo: Nelson Stribling, padre de Howard, y el joven Hardy Houston, sin duda aquel moreno y guapo joven de atlética complexión y ojos ardientes, que tanto gustó a la señora Hardwood.

El quinto personaje le inquietó sin saber la causa. Era fornido, de pelo hirsuto negro, barba espesa de igual color, ojos claros y fríos, nariz ganchuda, expresión malévola.

—Ese dibujo… lo hizo un amigo la noche en que se hundió el *Mary Queen* —susurró el dueño de la casa—. Es la reunión que usted menciona. Celebrábamos algo. Era como un aquelarre, tan siniestro y

malvado como un acto de perversión... Eso nos está castigando a todos, no hay duda... Y nos castigara hasta el día del Juicio Final.

—¿Quién es el hombre de la barba negra? —indagó Philip gravemente.

—El contramaestre Darryatt. Elmo Darryatt, un ser maligno y feroz como pocos. Era el más feliz de todos. Sabíamos que el barco se hundiría con todos dentro...

—¿Qué? —taimó Warren, dejando caer al suelo su libro y su lápiz de apuntes.

—Lo confieso, constable —declaró amargamente Morgan—. Los cinco lo sabíamos de antemano... Darryatt puso el explosivo a bordo. Y la mecha, antes de zarpar. Esperamos. Simplemente eso: esperamos. Odiábamos tanto a Hardwood... Houston pensó que la señora Hardwood se salvaría, que todos se salvarían menos Hardwood. Pero Darryatt fue más cruel, más perverso de lo previsto. No puso el explosivo en el camarote del puente, donde Hardwood estaría en esos momentos. Lo puso en la santabárbara... y voló todo. Se hundieron sin tiempo para nada. Fue un miserable. Lo había sido siempre.

—Dios mío, pero ¿por qué, por qué? —gimió el policía—. Ni siquiera puedo arrestarle ahora por esa confesión, señor Morgan. El delito ha prescrito ya legalmente...

—Lo sé. Tal vez por eso soy tan cobarde que lo confieso ahora, Warren —se quejó dolorosamente el padre de Janice—. Ahora... ya lo sabe. Nosotros hundimos esa noche el *Mary Queen,* matamos a todos sus ocupantes... y ahora, el viento del pasado trae la venganza de los muertos hasta nosotros. Es inútil luchar, os difuntos siempre ganan, constable. Siempre, señor Beswick. Buenos días a ambos. Déjenme solo, se lo ruego...

En silencio, ambos hombres abandonaron la finca situada en las afueras del pueblo, junto a la carretera de Blyth.

Y en silencio regresaron a Newbiggin, todavía bajo el peso de aquella dolorosa y terrible confesión de un hombre hundido, maltrecho y arrepentido, que ahora sentía miedo de sus propias culpas.

Miedo de la venganza de los muertos.

Llegaron a la comandancia policial cuando el cielo aparecía ya sombríamente ennegrecido en la distancia, el día se iba tomando oscuro por momentos, el viento soplaba del bravío y plomizo Mar del Norte, trayendo el fuerte olor a salitre en sus ráfagas violentas, y las gaviotas chillaban estridentemente sobre el litoral.

—Va a llover mucho esta noche —sentenció el constable con un suspiro, deteniéndose ante la puerta de la comandancia—, ¿Entra, Beswick? Puedo ofrecerle una taza de té caliente. El camino desde la casa de los Morgan me ha dejado frío. O tal vez fueron las palabras

del pobre Clarence, no sé.

—Sí, gracias —aceptó el joven de buen grado—. Tomaré a gusto ese té, constable.

Entraron, cerrando tras de sí Paul Warren. El viento ululante, húmedo y fría se quedó fuera, batiendo con fuerza los postigos, algunos de los cuales crujían lastimosamente.

—Haré unas preguntas a esa joven mientras tanto —explicó Warren —. La tenemos encarcelada aquí, hasta que el *coroner* disponga algo concreto. Doyle cuida de ella y... ,

—¡Mire eso, constable! —gritó bruscamente Philip, interrumpiéndole.

Warren miró hacia donde señalaba su acompañante, sorprendido. Lanzó una imprecación de alarma.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasa?

Se podía ver una puerta enrejada abierta de par en par. Y al pie de ella, allá al fondo de un corto corredor, una figura tendida en el suelo, inmóvil. Corrieron hacia el lugar del suceso.

La celda estaba vacía, las llaves colgando de la cerradura. El constable Doyle, de uniforme, yacía al pie de la puerta, boca abajo. Su negro casco aparecía a alguna distancia Y su porra, ensangrentada, estaba junto al cuerpo.

Tenía la cabeza destrozada a golpes, el cabello sangrante. la bóveda craneana hundida. No hada falta examinarle más detenidamente para saber que estaba muerto.

—¡Doyle, amigo mío! —clamó Warren, convulso—. ¿Le han asesinado! ¡Y Janice Morgan escapó!

CAPITULO VI

La tarde se estaba poniendo fea.

Ya no era sólo el espeso y amenazador nublado que se iba extendiendo sobre el mar y el litoral como un manto tétrico, presagiando otro atroz temporal. Muyen la distancia, se escuchaba el sordo tamborileo del trueno, y sobre la mar gruesa y borrascosa, se veían a veces remotos destellos eléctricos rasgando el aire plomizo.

—Nos espera una buena no tardando mucho —suspiró Elsa, cerrando cuidadosamente los postigos de las ventanas de la fonda, y asegurando la puerta para que las fuertes ráfagas de viento de levante no la abriese de golpe en cualquier momento.

Nadie comentó nada. El ambiente era sombrío dentro del establecimiento. La moza acababa de encender las luces, para combatir un poco la penumbra sombría que crecía sin cesar a pesar de lo temprano de la hora.

Momentos antes, la señora Joyce había bajado silenciosa y taciturna de su habitación, sentándose al fuego con un libro de lectura entre sus manos. Philip Beswick advirtió que la obra era extrañamente ingenua e infantil, poco acorde con el ambiente que allí reinaba. Se trataba de la primera edición, de 1865, de *Alicia en el País de las Maravillas,* de Lewis Carroll.

El poco agradable Ned Merryvale, entre tanto, tomaba una copa de brandy, de pie ante el mostrador de la sala, con su mirada fija en las encristaladas ventanas, oscurecidas repentinamente por las sombras de la tarde. Unos apósitos sobre sus heridas, recordaban su accidente de la noche anterior, pero ya no parecían preocuparle.

—Serviré la cena a las seis en punto —señaló Elsa. caminando hacia la cocina con un contoneo de sus caderas ampulosas, especialmente dedicado sin duda a Beswick, si bien éste no hizo caso alguno, ensimismado en la lectura de un viejo diario de Newcastle, llegado a Newbiggin con considerable retraso.

—Hará bien, hija —respondió la señora Joyce desde su asiento—. Pienso acostarme muy pronto esta noche.

—¿Tiene miedo acaso a los fantasmas, señora? —preguntó burlonamente Merryvale, desde su emplazamiento, apurando la copa de un trago, para servirse otra de inmediato.

—¿Yo? —los ojos de la mujer fueron hacia su compañero de hospedaje—. Todavía no he dicho que los haya visto deambular por las calles, señor Merryvale.

—Pues yo sí, y no me avergüenzo de ello, señora —replicó ácidamente el hombre, rascándose su roja narizota con gesto provocador—. Los vi como la veo a usted ahora, y me crean o no.

pienso seguirlo diciendo durante el resto de mi vida. Confieso que jamás creí en aparecidos ni cosa semejante, pero anoche los vi con toda claridad. Y aún me estremezco al sentir la helada mano de aquel espectro contra mi nuca, arrojándome a tierra y siguiendo su camino con aire errático, la mirada de sus podridos ojos perdida en el vacío... Dejaban tras de sí un hedor insoportable, a carne corrompida, a putrefacción...

—Por Dios señor Merryvale, si sigue así, me quitará el poco apetito que tengo —se quejó la dama, molesta, cerrando de golpe su libro—. ¿No puede usted llamarle la atención a ese hombre, señor Beswick?

Philip arqueó las cejas. Sonrió, asintiendo, y miró a Merryvale.

—La señora Joyce tiene razón —afirmó—. Su descripción es harto desagradable, señor Merryvale.

—¡Pero si es la auténtica! —protestó el otro—. Digo sólo lo que experimenté, lo que vi, señor Beswick...

—Está bien, pero coméntelo sólo conmigo —rogó él, acercándose al huésped y tomando una copa de una estantería para servirse a su vez otro brandy. En voz más baja, añadió—: ¿Está seguro de que vio a esos difuntos andando por la calle?

—Lo juro por mi vida, amigo —confesó Merryvale resoplando—. Era una visión espantosa, palabra. Aquellos cuerpos esqueléticos, con la carne colgando de sus huesos, entre jirones de ropa podrida, musgo, líquenes adheridos a su pellejo lívido, las caras descarnadas, como calaveras, con una pulpa horrenda en sus cuencas casi vacías... Oh, mire mi piel cada vez que lo nombro... Me creía un hombre valiente... hasta anoche. No quisiera volver a sufrir una experiencia semejante, palabra.

—¿No cree que pudieran ser falsos fantasmas, personas de carne y hueso, fingiendo una comitiva de cadáveres vivientes para atemorizar a los ciudadanos de este lugar, señor Merryvale?

—Amigo mío, si esos tipos eran lo que usted dice, no habría actor en Inglaterra capaz de hacerlo mejor, ni en el mismísimo Teatro del Globo (1).

(1) Famoso teatro londinense, donde William Shakespeare estrenó en su época la mayor parte de sus obras, muchas de ellas como actor de las mismas. (N. del A.)

—Si, entiendo —Beswick contempló al hombre del pelo rojo y meneó la cabeza—. Habrá que empezar a pensar si hay algo sobrenatural en todo esto, después de todo...

—¿Y qué me dice de esa chica, Janice Morgan? —preguntó Merryvale tomando otro trago—. Nada menos que dos asesinatos en pocas horas: su prometido y un policía, el pobre Doyle... Con la de veces que hemos tomado juntos una copa los dos aquí mismo... Pobre hombre... Dicen que le aplastó la cabeza con la porra del propio agente, ¿es cierto eso?

—Desgraciadamente, así es —suspiró Philip—, Pero aún no sabemos si fue ella misma quien lo hizo. Sólo que ha desaparecido de la celda donde estaba encerrada. Pudo liberarla alguien y matar luego a Doyle. Pero, naturalmente, la policía sospecha que es ella la autora de este nuevo crimen. Warren ha telegrafiado a Newcastle pidiendo refuerzos policiales para batir la región en busca de la desaparecida.

—¿Usted no cree que esa joven demente sea culpable?

—Ni siquiera puedo admitir aún que sea demente, señor Merryvale.

—Pues ir por ahí vestida de novia, bajo la tormenta..., ¿qué es, entonces?

—Hay muchos misterios en torno a Janice Morgan. Como en torno a todo. Si anoche estaban aquí los espectros del *Mary Queen,* como usted cree haber visto..., eso explicaría muchas cosas.

—Usted también piensa que bebí demasiado y fue el alcohol el que me hizo ver todo eso, ¿verdad, amigo?

—No, no, nada de eso. Le creo. Sólo que... son cosas que uno necesita ver por sí mismo para aceptarlas. Y no sé si por suerte o por desgracia, todavía no se ha producido ese hecho.

—¿Espera que se produzca tal vez esta noche? —sugirió Merryvale, burlón.

Tal vez. O tendré que esperar diez años para otra oportunidad —sonrió Beswick irónico—. No pierdo la esperanza de que sea esta noche, ciertamente... Y dígame, señor Merryvale, ¿qué en al entra de seductor en este villorio para alojarse fijo en la fonda durante largo tiempo?

—No tan largo, aunque los días en Newbiggin pasan demasiado lentos —resopló Merryvale con resignado tono—. Sólo son tres semanas, si bien debo confesarle que parecen meses. Estoy aquí por motivos de salud. El clima marítimo me va bien según los médicos. Y así parece. Claro que tampoco el alcohol me va nada bien, pero eso es más difícil de resolver cuando a uno le gusta. De todos modos, bebo mucho menos que en Londres, en Jamaica o en Nueva York.

—Ha viajado usted mucho, a lo que veo.

—Mucho. Soy comerciante de licores y especies. Ahora vivo retirado, gané lo suficiente para vivir tranquilo durante una larga temporada, pero cuando me canse este reposo, volveré a viajar y a vender, eso seguro. La vida sedentaria me aburre, amigo mío.

—Si, a mi también —bostezó Philip, apurando su brandy—. Ahora, si me permite, voy arriba un rato, a descansar hasta la hora de la cena. Anoche no pude ni tan siquiera echarme unas horas en la cama, y me siento agotado.

—Hasta luego entonces, señor Beswick —se despidió Merryvale, sirviéndose otro brandy apresuradamente.

El joven subió a su habitación, mientras afuera la oscuridad era ya casi total, pese a faltar varias horas para el crepúsculo, los truenos sonaban más próximos, y la lluvia comenzaba a caer con gruesas gotas sobre las vidrieras de la fonda.

Abrió la puerta de su alcoba, entró, cerrando tras de si, y se quitó su levita, tirándola sobre el lecho. Se disponía a hacer igual con su pantalón, cuando un sonido le hizo volver la cabeza, sobresaltado,

lamentando no tener su pistola al alcance de la mano en ese momento.

El ruido procedía del alto sillón con orejeras que ocupaba el fondo de la estancia, de espaldas a él. Fue rápido hacia el mismo, preguntándose qué podía haber producido aquella especie de susurro o suspiro.

Antes de llegar, alguien emergió del sillón, encarándose con él. Se quedó sin aliento ante aquel rostro pálido, demudado, lleno de tenor y angustia.

—¡Cielos, usted! —jadeó—, ¡Janice Morgan!

* * *

La muchacha sollozó ahogadamente, arrojándose en sus brazos.

Philip Beswick, indeciso, la rodeó con uno de sus brazos, protectora mente, sin poder olvidar, sin embargo, que aquella dulce criatura de aspecto desvalido estaba acusada nada menos que dos horrendos asesinatos a sangre fría.

La sintió temblar bajo su contacto, el cuerpo sacudido por sollozos y estremecimientos. Vestía un burdo conjunto de lana oscura, las ropas que la policía la había facilitado cuando la internó en la celda de la comandancia local.

—Ayúdeme, ayúdeme... —sollozó amargamente—.
Sólo usted puede hacerlo... Ya me ayudó anoche una vez... Le necesito. Creo que es el único en quien puedo confiar...

—Vamos, serénese —rogó Philip, sin saber qué hacer—. No adelanta nada con llorar asi. Venga, cálmese y explíqueme bien todo eso, señorita Morgan.

—Usted... usted no creerá que yo... que yo soy una asesina, ¿verdad?

—Bueno, anoche me dijo otra cosa bien distinta, ¿recuerda?

—Si, sí. Pero yo no pude matar a Howard... No sentía amor por él, pero no podría hacerle daño...

—¿No sentía amor? Iba a casarse con él, señorita Morgan.

—Lo sé. Era un convenio entre familias. Cosas de papá y del señor Stribling. Y como aquí no había otro joven de su condición... acepté, creo que más por liberarme de mi aburrida existencia, que por otra cosa. Al menos, Howard iba a llevarme con él muy lejos. A Londres, a América tal vez... Por eso me casaba con él, sólo por eso.

—Pero dijo que le mató...

—No, no. Fue el Mal, el espíritu maligno que anida dentro de mí, la voz del diablo que me posee... —jadeó ella, alzando la cabeza y mirando patética a Philip con sus oscuros ojos febriles, brillando destacados en el blanco de su cara ovalada.

—¿Fue también ese espíritu del Mal el que la hizo matar a Doyle, el

policía, para huir de su prisión? —preguntó con voz tensa el joven.

—No. no... —le contempló ahora con vivo horror, sacudida por un espasmo—. A Doyle, no. Yo no le maté, lo juro... Estaba... estaba muerto cuando abrieron la puerta de mi celda... Me asusté... y huí, despavorida...

—¿Abrieron la puerta de su celda? *¿Quién* abrió esa puerta?

—No sé. Yo dormía... El doctor Hoffman me había dado un sedante en la celda, cuando Warren me arrestó... Me despertó la voz, el susurro de esa horrible voz... La voz del mismo Mal que me domina... Vi una sombra. Estaba tan oscuro allí... La sombra se alejaba ya, la puerta estaba abierta. Salí... Entonces descubrí a Doyle... muerto, con la cabeza llena de sangre... Creo... creo que grité... y escapé de allí llena de horror. No había nadie en las calles, nadie me vio. Vine aquí por el callejón de atrás, salté al patio del establo, y de allí a su ventana trasera, señor Beswick... Ahora ya lo sabe todo. ¡Yo no maté al policía, lo juro, lo juro! Y si lo hice... dormía entonces, no era yo misma...

—Cálmese, la creo —dijo Philip roncamente, acariciando sus cabellos oscuros, desordenados, y haciéndola apretar el rostro contra su pecho, para silenciar sus protestas de inocencia—. Ahora, escuche lo que tiene que hacer. Intentaremos que nadie sospeche su presencia aquí, y la ayudaré a descubrir a la persona que mató a Doyle y, posiblemente, también a Howard Strinling. Si ha sido obra de un ser humano, lo probaremos. Si es cosa del Diablo, de los muertos que viven... también. se lo prometo.

—Sí, si, señor Beswick —se apretó desesperadamente a él, mirándole implorante—. Le creo. Sólo a usted le creo, confío en usted... No sé por qué, pero confío...

—Gracias. Llámeme simplemente Phil, si hemos de ser amigos.

—Sí, Phil... Yo seré Janice para usted...

—Bien. Janice, entonces, vamos a...

El golpeteo brusco de unos nudillos en la puerta sobresaltó a Philip y aterrorizó a la muchacha. Estuvo a punto de chillar. La mano de Beswick cayó oportuna sobre su boca, ahogando todo posible sonido. Con un gesto, le pidió silencio, serenidad.

—Si, ¿quién es? —preguntó con voz fingidamente somnolienta—. Estoy descansando...

—¡Señor Beswick, somos nosotras! —sonó la voz alarmada de Elsa —. ¡La señora Joyce y yo! ¡Estamos llenas de terror, tiene que ayudamos!

—Ya voy, ya voy, ¿qué ocurre? —miró en torno, y señaló a la joven el alto y pesado armario del fondo de la estancia, significativamente, susurrando—: Adentro, espéreme ahí, ocurra lo que ocurra, Janice.

Ella asintió, corriendo al mueble, que abrió para penetrar en su

interior. Fuera, la voz de la mesonera informaba a Beswick con tono agitado:
—Es en el establo... Hemos oído gruñidos, ladridos sordos... La señora Joyce cree que hay un perro allí... Que le oyó aullar hace un momento...
—Un perro... —a Beswick se le erizaron los cabellos, recordando al mastín fantasmal de la noche anterior—. Sí, entiendo. Tomo mi pistola y voy allá, en seguida. ¿No anda el señor Merryvale por ahí?
—Está abajo, cargando mi escopeta, pero ha bebido mucho, le tiembla la mano... y temo que no sea demasiado ayuda..., sobre todo si se trata del perro infernal.
—Entiendo —cerró el armario, tras sonreír animosamente a la asustada joven, y corrió a por su Derringer, que empuñó con firmeza, saliendo al corredor. Las dos mujeres, Elsa y Melissa Joyce, muy pálidas, aguardaban su presencia. Las animó con su voz y su gesto —: En marcha, veamos lo que pasa en el establo.
Bajaron a la planta inferior, donde Merryvale, torpemente, cerraba la escopeta tras haber puesto en la recámara los dos cartuchos. Con un gesto. Philip le invitó a seguirle. Los dos hombres dejaron atrás a las mujeres y se encaminaron a los vecinos establos de la fonda, a través de una puerta trasera situada junto a la de la cocina.
Salieron a un pequeño patio, el que sin duda utilizara Janice para saltar a su ventana posterior más larde. Al fondo, se veía el establo, batido su techo por la lluvia que ahora les azotaba implacable a ellos dos.
El sonido les llegó claro y preciso, desde el interior del establo: era un ronco gruñido prolongado, como un estertor. El que produciría un animal agónico;
—Creo que ellas tienen razón —silabeó Philip—. Debe ser un perro...
—Dios mío, tal vez sea el perro de esos fantasmas... —jadeó Merryvale, asustado su gesto y temblándole ostensiblemente la escopeta en las manos.
—Calma, si es el mismo de anoche, debe ser tan real como usted y como yo. Un fantasma no sangra ni puede ser herido. Y ese animal, por lo que se queja, debe estar sufriendo mucho ahora... Tenga cuidado, es cuando son más peligrosos.
Empujó lentamente la puerta del establo, asomando cauteloso a su oscuro interior. De inmediato le vio. Y el perro a él. Su gruñido de dolor se tomó agresivo y cargado de odio.
Desde la sombra, los ojos y las fauces del animal brillaban como rojos carbones encendidos. Su bramido sordo tenía algo de siniestro. El animal de puso en pie. en medio de la paja del establo, y un mulo atado a un eslabón, se agitó inquieto, relinchando asustado.

Después, el animal se lanzó hacia ellos rabiosamente, emitiendo un berrido estremecedor. Sus fauces se dilataron, sus ojos brillaron malignos, el corpachón negro hendió el aire como una flecha, poderoso y devastador...

Sorprendido, Philip observó fugazmente que el animal elegía a Merryvale y no a él como víctima de su rabia homicida, pero fue su Derringer el que disparó, justo antes de que Merryvale hiciera rugir su escopeta algo tardíamente, cogido por sorpresa por el ataque del siniestro can.

La bala alcanzó al mastín en la gruesa cabeza. Cayó fulminado. Cuando las postas de caza hirieron su cuerpo, ya era inútil Estaba muerto, caído en la paja, con el cráneo roto.

—¡Uf! —resopló Merryvale, dejando caer su arma, despavorido. Casi me mata...

—Si le alcanza, nadie le hubiera salvado. Ese animal tiene unos colmillos atroces. Merryvale —asintió Beswick, acercándose a él lentamente. Le examinó—. Está muerto, ya no hay nada que temer. No era un fantasma, sino un perro bien real y tangible.

Le tocó con sus dedos los ojos y la babosa boca. Al retirarlos, brillaban en la sombra. Sonrió, mostrando los a su compañero.

—Vea —dijo—. Simple fósforo, como temía. Era un truco para darle un aire fantasmal. Alguien está jugando a los fantasmas en este lugar, y pasiblemente los cadáveres vivientes que vio anoche usted no eran sino parte de ese mismo juego.

—Pero, ¿todo eso para qué? —resopló Merryvale, aún impresionado, enjugándose el sudor del rostro enrojecido por el alcohol y por el miedo.

—Tal vez para hacer creer a todos en la venganza de los muertos —dijo lúgubremente Philip, regresando lentamente a la fonda seguido por Merryvale.

Informó a las mujeres de la muerte del can, y las pidió que avisaran cuanto antes al constable Warren para hacerse cargo del animal fingidamente espectral, y se disculpó, apresurándose a subir de nuevo a su habitación para reunirse con Janice.

Entró, cerrando cuidadosamente tras de sí, y corrió al armario, abriéndolo.

—Ya puede salir, Janice —invitó—. Empiezo a creer que algo...

Se interrumpió, desolado. Contempló el armario; grande, oscuro, vado.

De Janice Morgan no quedaba ni el menor rastro.

Salió rápido al pasillo, escudriñándolo a uno y otro lado. La huésped vecina, Melissa Joyce, apareció en ese punto en la escalera. Le miró, intrigada.

—¿Busca algo, señor Beswick? —preguntó.

—No, nada —negó él—. Creí oír un ruido, eso fue todo...

—Espero que no haya más peligros bajo este techo —suspiró aprensiva la señora Joyce, abriendo con calma su propia puerta—. Ha sido muy valiente matando a ese horrible perro, señor Beswick.

—No tuvo importancia. Ya iba herido desde anoche, y vino aquí a morir. Alguien lo ha estado utilizando para dar miedo a los demás. Era un vulgar mastín, aunque muy fiero y, posiblemente, enseñado para matar a la gente atacándola la garganta.

—¿Cree que así mataron a aquel hombre en la playa anoche? — se estremeció ella.

—Es muy posible, señora Joyce —asintió Beswick, pensativo, regresando a su dormitorio—. Hasta la hora de la cena. Voy a tratar de descansar un poco, si me dejan.

—Sí, se lo merece, amigo mío —suspiró ella, entrando en su alcoba —. Hasta luego, señor Beswick.

Le miró larga y extrañamente, sonrió, y cerró tras de sí. Philip, pensativo, regresó a su cama y, por lo menos, esta vez logró dormir hasta la hora de la cena.

CAPITULO VII

A las seis en punto, Elsa servia la cena a sus huéspedes, en el salón de la gran chimenea, cuando afuera era ya noche cerrada, el viento sonaba ululante, llovía de forma torrencial y los relámpagos centelleaban ya con frecuencia, en medio de fragor de los truenos, dando a la noche un aspecto lúgubre y aterrador.

El inevitable bacalao de aquellas costas, junto con el pastel de carne, formaron el menú de aquella cena, y mientras la señora Joyce la acompañaba de café, Merryvale y Beswick la regaban con cerveza, a falta de un buen vino que hiciese mejores honores a la cocina de la moza mesonera.

—Mi enhorabuena, Elsa —dijo Beswick, ames de retirarse nuevamente a su habitación con aspecto de cansancio—. Ha sido todo excelente.

La joven, halagada, sonrió coquetamente mientras Beswick subía las escaleras. Suspiró, al regresar a su cocina;

—¡Lástima que un caballero así no se fije en una chica como yo! De buen grado subiría a compartir su cama con él, pero creo que incluso se escandalizaría de mí si hiciera algo semejante...

Y acariciándose a si misma sus vigorosos y duros senos, suspiró resignada, metiéndose en la tarea de limpiar la vajilla.

Bien ajena estaba ella a que, en esos momentos, lo que menos pensaba su huésped de Londres era en acostarse para conciliar el sueño, pese a la dura noche vivida anteriormente.

Por el contrario. Philip Beswick, el joven escritor londinense, estaba preparándose para salir clandestinamente de la fonda, sin ser advertido de nadie. Ahora se estaba embutiendo en su macferlán negro, y cubría su cabeza con el sombrero de copa alta, enguantando sus manos tras cargar el Derringer con una nueva bala para suplir a la consumida en la muerte del misterioso mastín embadurnado de fósforo.

Así, con su pistola dotada ya con sus dos balas correspondientes, abrió la ventana posterior tras apagar la luz de su quinqué. Esto sucedía exactamente a las ocho y media de la noche, mientras afuera centelleaban las chispas eléctricas, yendo a hundirse en el rugiente mar, y el trueno retumbaba sobre el pueblo como una voz de ultratumba, capaz de sobrecoger a los asustados vecinos de Newbiggin.

No le fue difícil saltar al patio desde allí, y luego salvar la misma tapia que Janice Morgan había franqueado aquella tarde para subir a su alcoba. Se encontró un angosto callejón trasero, bajo una cortina de lluvia implacable, y agitadas sus negras ropas por el crudo cierzo

marino que barría las calles.

Avanzó pegado a los muros, como una sombra más en el concierto tenebroso de la noche, la mano sumergida en el bolsillo donde llevaba su pequeña pistola. Le costó un tiempo llegar a su destino, a causa de la oposición del viento y el aguacero, pero finalmente se encontró ante el cartel oscilante de El Mascarón Dorado, frente a la playa donde las fuertes olas estallaban en crestas de espuma, barriendo la arena y las quillas de las barcas de pesca allí varadas. Ni un alma viviente se veía por doquier en aquella noche de perros. Muertos y vivos parecían de acuerdo por una vez en no poblar la siniestra noche de aniversario en el pueblo donde se hundió el *Mary Queen* veinte años atrás, gracias a la mano asesina del contramaestre Darryatt...

Ya cerraban El Mascarón Dorado en ese momento. Vio a Belle, la exuberante pelirroja de edad madura, asegurando los postigos de la entrada. Trató de convencerla para entrar, mientras ella le contemplaba con cara de pocos amigos.

—¿Ni siquiera puedo pasar a tomar una copa, después del camino recorrido bajo la lluvia, señora?

—No, ni siquiera eso, caballero —rechazó ella, seca—, Debió pensarlo antes. Es muy tarde y no queda clientela ya. Con este tiempo, cuanto antes se vaya uno a la cama tanto mejor.

—Quería hablar con el capitán Carlson, señora, tomar una copa y ofrecerle la oportunidad de ganar unas guineas con mi libro...

—El capitán duerme ya su propia borrachera, amigo, yo no soy ni fui nunca una señora, y no me interesa darle palique a usted a estas horas por sus malditas guineas, de modo que lárguese con viento fresco —le cortó la pelirroja con acritud.

—Una mujer autoritaria y dura, ¿eh? —sonrió Philip bajo la lluvia.

—Y que lo diga —ella se puso en jarras y adelantó su prominente busto—. Ya pasó el tiempo en que los buenos mozos como usted me enternecían. Esos sólo pasan por aquí un momento, se acuestan conmigo y hasta más ver. De modo que si piensa usar ese truco para persuadirme, perderá su tiempo.

—No pretendía seducirle, señora... o lo que sea. Sólo charlar y tomar algo.

—Pues vaya a su fonda del diablo y busque a Elsa. Esa seguro que no le negará nada. Nada de nada, ¿entiende? Es una zona de cuerpo entero, pese a sus pocos años. Buenas noches, caballero.

Cerró de un portazo. Oyó atrancar la puerta por dentro. Philip meneó la cabeza, haciendo chorrear el agua por el ala de su sombrero y se encogió de hombros, resignado. Había querido hablar con el capitán Carlson de muchas cosas, pero era inútil intentarlo con aquella harpía de acento francés al frente del negocio.

Echó a andar, contemplando la tenebrosa noche en el mar, la

pálida arena y las blancas barcas de pesca, como fantasmas en la negrura, más allá de la cortina de agua. Sus ojos se entornaron, pensativos. Miró a la cantina ya cerrada, y caminó despacio hacia la arena. Se aposentó en una de las barcas, cubriéndose con una lona embreada que le protegiera del torrencial diluvio. Los truenos allí sonaban más pavorosos, haciendo temblar el suelo arenoso y abriendo el negro cielo en desgarros lívidos y cegadores de cuando en cuando.

Su idea fue acertada. Llevaba cosa de una hora allí metido, cuando la puerta de la cantina se abrió silenciosamente. Era otra puerta, situada algo más allá de la principal, más pequeña y disimulada. Una figura encapuchada surgió a la noche tempestuosa. Caminó agazapada, envuelta en la amplia capa con caperuza que la envolvía, iba camino de la playa también. De momento pensó que sabía dónde estaba él y se dirigía directamente en su busca.

Pero sobrepasó la barca donde se ocultaba, caminan- do hasta cerca de la orilla, donde el oleaje era violento y ruidoso, desliándose luego profundamente en la arenosa franja.

La vio arrastrar dificultosamente una pequeña barca de remos hasta el agua, y saltar a ella sin pérdida de tiempo, comenzando a remar mar adentro.

Dado el estado de la mar, parecía una acción suicida. Pero la figura encapuchada remaba con fuerza y pericia, llevando la frágil barquichuela sobre el oleaje, rumbo a alguna parte.

Beswick saltó fuera de su refugio y corrió a la orilla. Sus negras ropas le hacían prácticamente invisible entre las barcas allí varadas. Contempló, agazapado tras una de ellas, la embarcación que se alejaba: iba directamente hacia el rocoso islote en medio de la bahía. A Devil Head, aquella curiosa cabeza de demonio emergiendo del mar.

Miró en torno, descubriendo varias lanchas de igual tipo a la usada por el misterioso personaje de la cantina. Sin vacilar, tomó una de ellas y la llevó a la orilla arrastrándola sobre la arena. Cuando la tuvo flotando, saltó a ella y empuñó los remos. Había hecho algunas regatas en Cambridge y en Oxford. Esto no era precisamente lo mismo, pero sabía manejar unos remos incluso con mala mar.

Navegó en pos de la persona de la caperuza sobre el rostro. Rodeó el islote para no ser visto, y saltó a las piedras de su orilla por el lado opuesto a aquel en que vislumbrara varada la barca de su perseguido. Observó, intrigado, que no estaba sola la lancha del encapuchado, sino que había otra al lado, ya varada en los peñascos.

Se arrastró sobre el suelo desigual y abrupto de aquel islote, cuyas dimensiones totales no excederían unas quinientas yardas cuadradas de superficie, desigual y accidentada, eso si. La marea alta casi

cubría dos tercios de su normal altura durante el día.

Agazapado entre las rocas, vislumbró la luz en medio del islote, y se pegó al suelo de duras y mojadas piedras, escudriñando la escena.

Allí estaban ahora tres personas, a la luz difusa de un fanal de vidrios rojos que daban un resplandor infernal al lugar, muy acorde con el nombre del feo islote. Un alto peñasco, debía ocultar la luz del litoral. Se aproximó, reptando sin mido, a costa de arañar sus manos pese a los guantes, y de sentir desgarrado su flamante macferlán. Pero el esfuerzo mereció la pena.

Pronto descubrió, a la claridad rojiza del farol solitario, a las tres personas allí agrupadas. Una, era la figura encapuchada que saliera de El Mascarón Dorado. Otra, aparecía de rodillas, atada de pies y manos, los brazos a la espalda.

¡Era Janice Morgan!

Philip tragó saliva, apretando sus puños con rabia. Y contempló al tercer personaje de la extraña reunión La luz prestaba a su rostro un aspecto, siniestro, maligno, que hasta entonces no advirtiera Philip en él. Esa misma luz, al difuminar el color de sus cabellos, y dar a sus ojos claros un resplandor perverso, casi diabólico, le hacían parecerse sorprendentemente a un hombre captado espléndidamente por el carboncillo del artista, veinte años atrás.

Si aquel hombre hubiera tenido ahora el pelo negro y no rojo, la barba cerrada y oscura, y su nariz enrojecida menos hinchada y curvada, hubiera sido el vivo retrato del feroz contramaestre Elmo Darryatt, el asesino de los tripulantes del *Mary Queen.*

Pero aquel hombre, ahora al menos, no era ya el contramaestre Darryatt. sino el alcoholizado huésped de la fonda, Ned Merryvale.

* * *

—Tardaste mucho en venir, Belle —decía Merryvale en ese momento con voz ronca.

—No pudo ser antes. El capitán no se dormía, pese a la cantidad de ron que bebió, e incluso estaba deseoso de placer. Tuve que satisfacer sus sucios apetitos.

—Belle. ¿has hecho el amor con él? —se dolió Merryvale, mirándola con ojos fulgurantes de cólera.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Si se puede llamar así a satisfacer a esa bestia... Se durmió de inmediato —rió ella, provocativa—. Sabes que puedo dejar agotado a un hombre, si lo deseo...

—Basta —cortó Merryvale, abrupto. Señaló a Janice. que les miraba con ojos de infinito terror—. Tenemos a ésta. Y hay que acabar con ella en seguida.

—¿No dijiste que la Ley se ocuparía de ella como asesina? —se

mofó Belle Blanchard, mirando despectiva a la prisionera.
—Sí. pero he descubierto cosas peligrosas en ella. Es demasiado lista. Fue a ese tal Beswick con el cuento. Su madre la encontró esta noche, ocultándola en su alcoba.
—¿Su madre?
—Sí, una huésped de la fonda que pretendía fingirse viajera de un barco próximo. Una tal Melissa Joyce. Era su madre realmente, una antigua sirvienta de los Morgan, que la tuvo con Clarence Morgan hace veinte años, precisamente en 1876. Me lo confesó antes de morir.
—¿Morir? ¿Mataste a la madre de esta fulana?
—Claro —rió Merryvale sordamente—. Está muerta ahora en su alcoba, aunque nadie lo sabe aún. Ocultaba allí a su hija, tras haber salido ésta de la habitación vecina, la de ese maldito caballerete de Londres, el tal Beswick...
—¡Beswick! Vino esta noche a la cantina Buscaba algo, seguro. Habrá que tener cuidado con él, es un tipo listo... ¿Por qué no le has matado también?
—Lo intenté, al saber por Melissa Joyce que su hija estuvo con él esta tarde, oculta en la alcoba. Pero no estaba allí. Debió salir a escondidas, por la ventana trasera de su cuarto.
—¿Sospechará algo?
—No importa lo que sospeche. El hecho de que «Caín» fuese a morir al establo y me atacara precisamente a mi, cuando me reconoció, puede que le haya hecho recelar algo, no lo sé. Ese maldito perro me odiaba tanto como me temía. Y al verse moribundo, trató de vengarse de los palos que sufrió para aprender a matar bajo mis órdenes...
—¿Y ahora qué vamos a hacer?
—Nada ya. Tenemos el tesoro, ¿no? Y tenemos a la chica. La venganza y la fortuna son mías ahora, Belle. Y tú también, amada zorrita Nos iremos juntos con el cofre que he logrado rescatar en estas semanas de búsqueda bajo el mar durante las noches, y un millón de guineas serán nuestras para siempre. Ya nadie se acuerda de ese tesoro de la corona que Hardwood se llevaba a Dinamarca en el *Mary Queen,* tras adquirirlo de manos de Ralph Yordan, su ladrón, por un precio muy bajo. Lástima que haya tardado veinte años en recuperarlo, por culpa de aquella explosión, que resultó demasiado inoportuna y precipitó al barco en la fosa más profunda de este litoral, adonde no puede llegar un hombre al sumergirse... Pero el tiempo trabajó a mi favor, y atando he vuelto a la vida, tras tantos años de amnesia y de prisión en lejanas tierras, he podido regresar a Newbiggin para recuperar lo que en justicia fue siempre mío.
¿Dónde tienes el cofre ahora? — se interesó ella.

—No temas —rió Merryvale—, Oculto en este islote. Nos iremos esta misma noche con él. Mañana, la gente del pueblo dirá despavorida que los fantasmas del capitán Hardwood y los demás salieron del mar en este noche, para acabar con la vida de la hija de Clarence Morgan y se llevaron también a Belle Blanchard para siempre...

—Eres un gran bribón, Darryatt —aprobó ella, abrazándole.

—No me llames ahora por ese nombre —cortó él, abrupto—. Eso queda atrás, para siempre, Belle. Soy solamente Merryvale. Darryatt murió en alta mar. Del joven contramaestre que se acostaba contigo a espaldas del capitán Carlson hace veinte años, no queda ya nada. Sólo el odio hacia quienes luego me traicionaron, cobrando un seguro sobre las mercancías del *Mary Queen,* sin darme un penique de ese dinero y amenazándome con denunciarme a las autoridades como autor del naufragio. Por eso tuve que huir, para no ser entregado sin remedio, puesto que Stephen Nye me delató a un juez local mediante un anónima Asi escapé en barca, naufragué, me salvé sin memoria, así pasé quince años largos, hasta que un golpe brutal en una cárcel americana me hizo recuperar la memoria, y aún hube de esperar otros cinco años más, hasta quedar libre de mi condena de diez años por doble homicidio... Ha sido un tardío regreso, que hice coincidir con la leyenda del retorno de los muertos. Para ellos será toda la responsabilidad de los hechos, incluidas las muertes de Nye, de Stribling, del agente Doyle... Quería que ahorcaran a esta mocosa, pero yo mismo la mataré, para vengarme de su maldito padre.

—¿Entonces tú no mataste hace diez años a Hardy Houston? ¿Quién fue. en tal caso? —preguntó Belle, curiosa.

—¿Y yo qué sé? Tal vez otro avispado que ajustó cuentas con aquel miserable presuntuoso, atribuyéndole las culpas a los difuntos —rió soezmente Merryvale—. Ha sido un bonito juego, durante estos días, mantener a Janice Morgan bajo mi poder hipnótico, haciendo justamente lo que yo quería... La hice creer que mató a Stribling. a Doyle, le abrí la celda haciéndola huir... Nadie podía sospechar que yo, Merryvale, había encontrado un día en el campo a Janice, logrando hipnotizarla y someterla a mi voluntad. Lástima que anoche reaccionara, aun bajo hipnosis, al verme matar a su prometido, y me golpeara contra el muro del patio de los Stribling... Tuve que idear esa historia de los espectros, con mi cabeza abierta por el golpe... Pero logré que ella, olvidara todo y se creyera culpable...

—Miserables... —sollozó en ese punto Janice—. No pueden ser tan canallas, tan crueles... No pueden matarme a mí ahora, ¿qué mal les hice yo?

—Tú ninguno, pequeña —sonrió maligno Merryvale—. Pero tu

padre, mucho. Tanto como los demás. Nos conjuramos para acabar con el capitán Hardwood, y luego todos se unieron contra mí y me traicionaron, furiosos por haber perdido el botín de las joyas de la corona, que viajaban a bordo del *Mary Queen.* ¡Ahora esas joyas son mías, mías! Y tú serás pasto de los peces esta misma noche, Janice Morgan...

Se inclinó sobre unas rocas y apartó algunas de ellas. Una vieja arqueta cubierta de musgos marinos y líquenes, apareció herrumbrosa a la vista, bajo la piedras. Sobre la arqueta, aún era visible la corona real británica grabada sobre las iniciales V.Q., correspondiente a Victoria, Reina.

Philip se incorporó en ese instante, pistola en mano. Encañonó a ambos canallas sin vacilar, dando unos pasos hacia ellos sobre las abruptas rocas.

—Tu historia de infamias ha terminado, contramaestre Darryatt —acusó con voz glacial—. Soltad de inmediato a esa mujer, o los dos iréis a reuniros en el fondo de este mar con las infelices victimas de tu maldad homicida.

—¡Beswick! —rugió Merryvale, demudado, volviéndose a mirarle con ojos desorbitados por la ira y la contrariedad—, ¡Maldito sea, usted tenía que ser!

—Tengo miedo, querido —gimió Belle, aterrada, cayéndole atrás la caperuza, y mostrando bajo sus cabellos rojos el rostro demudado—. No quiero terminar en la horca mis días...

—¡Calla, maldita! —masculló Merryvale, convulso—. ¡Nadie nos ha ahorcado aún, y nadie lo hará mientras yo tenga vida!

—¡Cuidado, Darryatt, no intente eso! —avisó Philip, contemplado con ojos patéticamente esperanzados por una Janice que repetía su nombre entre sollozos—. ¡No me obligue a disparar, porque lo haré a matar, ya que sólo dispongo de dos balas!

Pese a sus amenazas, Merryvale extrajo de sus ropas de gruesa lana un pesado revólver de calibre 45 que alzó hacia el joven. Philip apretó uno de los gatillos de su pequeña arma.

Sintió un profundo escalofrío.

El percutor cayó sobre el fulminante, con seco chasquido. No se produjo estampido alguno. Ni disparo. Ni bala alguna brotando del chato cañón. ¡La pólvora se había debido mojar durante la travesía en barca, inutilizando su arma!

Merryvale lanzó un grito de júbilo animal y amartilló su arma. Philip apretó el segundo gatillo a la desesperada. Cayó también en falso, sobre el pistón húmedo. No hubo detonación. En el segundo y definitivo fallo.

—¡Oh, no. Dios, no, eso no! —sollozó Janice, comprendiendo que aquello significaba su muerte cierta, pero también la de su valeroso

defensor.

—Te voy a matar, maldito entrometido —avisó sibilante Merryvale —. Sin contemplaciones...

Y su dedo se curvó sobre el gatillo, presto a vomitar sobre Philip Beswick un proyectil demoledor y mortífero, que el joven no podía ya evitar en modo alguno.

CAPITULO VIII

Era la muerte.

La suya y la de Janice, sin remisión posible. Ni él ni nadie podía evitarlo. La joven prisionera lloraba su impotencia. Belle sonreía, triunfal, esperando el disparo definitivo, que Merryvale alargaba con fruición, gozando cruelmente de su triunfo.

Y entonces...

Entonces, el horror se hizo presente.

Un horror imprevisible, que tenía mucho de prodigioso para las presuntas víctimas y de aterrador e inexorable para quienes se creían ya vencedores definitivos.

Primero fue un extraño, sordo chapoteo en las negras aguas. Luego una voz ronca, prolongada, en ululante estertor, emergiendo de las profundidades mismas del mar para retumbar en el siniestro islote como un eco demencial de la misma noche tempestuosa y trágica:

—Darryaaattt... —silabeó aquella voz de ultratumba, helada y escalofriante—. Darryaaaaatttt asesinooooo...

El dedo del criminal tembló en el gatillo. Sus ojos claros se desorbitaron, incrédulos. Un lejano remoto pareció reavivarse en su cerebro. Alucinad, jadeó:

—Oh, no. no... Esa voz... *esa* voz... ¡es la del capitán Hardwood!

—No... no puede ser, Elmo... —musitó Belle, mor- talmente pálida, volviendo su cabeza hacia el origen de aquella voz espectral y terrible, que ululaba en alas del viento de la noche.

Y para su horror infinito, lo vio.

Vio emerger de las negras aguas la silueta dantesca, escalofriante. Aquel horror viviente estaba saliendo de entre las olas, pisando las rocas del islote llamado Cabeza del Diablo...

Una figura descamada, horrenda. Puros huesos tumefactos, de los que colgaban jirones de piel y de carne putrefacta, en medio de jirones de ropas marineras por las que corría el agua y el pus por panes iguales. Cuencas vacías, chorreando un humor negruzco, mezclado con musgo y líquenes...

El capitán Hardwood. regresando de los infiernos, del helado seno de la muerte en las profundidades.

Y no venia solo.

Tras él, una legión espeluznante;, formada por marineros espectrales, esqueletos de pavoroso aspecto, cuerpo sin carne, osamentas putrefactas, calaveras lívidas y hediondas, alumbradas por el rojo resplandor infernal de la lámpara en tierra...

Marineros, una mujer de cabellos dorados sobre su calavera

infecta y purulenta, un perro de ojos febriles y fauces verdosas, mezcla de huesos y piel negra, cubierta de musgo de años, de décadas...

Janice lanzó un ronco grito de pavor y se desplomo inerte entre las rocas, perdido el conocimiento. Philip Beswick, sin dar crédito a sus ojos, contemplaba aquella visión dantesca, aquel retorno de los abismos de la misma Muerte, la legión de muertos que en alas de un viento del infierno volvían a la vida, para dirigirse, imperturbables, herméticos, en siniestra procesión hacia Elmo Darryatt, ahora llamado Ned Merryvale.

—¡No, no, no, noooo! —aulló Darryatt, empezando a disparar frenéticamente su revólver sobre las apariciones.

Estéril intento. Las pesadas balas pasaban entre las osamentas descamadas sin dañarles, o se estrellaban en sus huesos sin herirlos. Nadie puede matar a la Muerte. Philip asistía a la más pavorosa e inútil lucha del mundo.

El capitán Hardwood y sus espantosos compañeros de infortunio, rodearon a Darryatt y a Belle. Sonaron gritos roncos, desesperados, brotaron de las gargantas de ambos. Forcejearon rabiosamente con sus verdugos del más allá.

Todo inútil. La enloquecedora escena se acercaba a su funesto desenlace. Los muertos arrastraban de ellos hacia el mar, volvían a la negra profundidad marina tirando de sus enemigos de otro tiempo, vengándose al fin en quien tanto daño les hizo...

Demudado, petrificado por el horror de la situación, Beswick permaneció allí hasta que las aguas volvieron a cerrarse tras de los tripulantes del *Mary Queen* y sus cautivas. Los alaridos de terror y agonía se ahogaron bajo el mar tempestuoso.

Se los habían llevado consigo. Nadie quedaba en tierra ya, ni siquiera el negro perro esquelético. Todos se fueron. Y con ellos, Darryatt y Belle. Ni el menor rastro de sus personas era visible. Aquel viaje nunca, nunca, tendría retorno para ellos.

El viento se calmaba, la lluvia comenzaba a cesar. Tambaleante, lívido, incrédulo aún por lo presenciado, Philip corrió junto a Janice, cortó sus ligaduras... y contempló el negro mar agitado, guardando para siempre el pavoroso, horrendo secreto que sólo él y Janice pudieron presenciar.

Ahora sabía *quién* mató diez años atrás a Hardy Houston. Aquel si fue un perro de ultratumba. Y ahora, por fin, los muertos habían culminado su auténtica venganza. Tal vez nunca volvieran por Newbiggin en el futuro. Tal vez...

Cargó con Janice y con la arqueta del tesoro real perdido veinte años atrás. Regresó a tierra en una de las canoas.

Nunca, nadie, creería su historia. No la relataría jamás. Ni en la

Enciclopedia, ni de viva vida. Sería su secreto. Y el de Janice. Tal vez algo a compartir los dos.

Ojalá no fuese lo único, pensó Philip, mirando tiernamente a la inconsciente joven tendida en la barca.

—Ojalá ella y yo... —musitó para sí—. Después de todo, confiaba en mí, deseaba mi ayuda... Fue tan bello tenerla contra mi pecho, sentirla llorar, pedir protección... Ahora sé que es inocente, que necesita ayuda, más que nunca... Contaré a Warren lo que se. Todo... menos el final. Todo, menos mi secreto. Nuestro secreto... Merryvale tendrá pruebas de su identidad real en sus cosas, en su equipaje. Tal vez también de sus criminales planes. Sé que podré demostrar la inocencia de esta criatura. Y un médico, bajo hipnosis, lo probará también, no hay duda. No temas. Janice, querida. Cuidaré de ti. Siempre lo haré, si tú me lo pides...

Y algo, en su interior, le dijo al joven escritor de Londres que sí. Que Janice le pediría eso apenas despertara. Y tal vez más tarde, le pediría que nunca la abandonase ya.

Remó con más fuerza hacia la orilla. Atrás, quedaba el islote, el negro mar tempestuoso. Y las almas de quienes yacían en su fondo, ya tranquilas, vengadas después de tamos años...

—Descansad en paz —susurró roncamente Beswick, persignándose—. Rezaré siempre por vosotros. Gracias, queridos seres de ese otro mundo de lo eterno... Gracias en nombre de los dos...

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España